



Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Sección «Pax»

Dos agentes de la CIA son asesinados en una emboscada cuando iban a entregar un maletín a un hombre llamado Arciniegas en Colombia. El hombre, que ha colaborado en la emboscada para salvar a su hijo, es asesinado también, y los asesinos intentan matar también al niño, que consigue huir.



Lou Carrigan

Sección «Pax»

Brigitte en acción - 223

Archivo Secreto - 174

ePub r1.1
Titivillus 13.10.2020

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



El superviviente

Iban dos hombres en el helicóptero. Uno de ellos lo pilotaba. El otro, sentado a su lado, llevaba un maletín unido por una cadena a su muñeca izquierda, acomodado sobre sus rodillas.

—Ahí está la costa —dijo el piloto.

El del maletín se limitó a asentir con un gesto. No era la primera vez que hacían aquel viaje, así que conocía bien la zona. Estaban llegando a la parte de la costa comprendida entre Barranquilla y Sabanalarga, Colombia, de cuyo interior procedían.

Pero, evidentemente, no eran colombianos. Ambos eran de elevada estatura, uno de ellos pelirrojo, y el otro rubio. Los dos tenían pecas, aunque muchas más el pelirrojo. Sus rostros estirados, angulosos, y en definitiva todo su aspecto físico, no podían confundir a nadie: tenían que ser norteamericanos.

—Y allá —señaló de pronto el piloto— veo ya la cabaña de Arciniegas.

—Será mejor que vayamos con cuidado —murmuró el del maletín—. Ya sabes que últimamente parece que ha habido algunas intromisiones.

—Tonterías… Debieron ser incidentes casuales.

—Quizá. Pero abramos bien los ojos.

El helicóptero comenzó a perder altura, en dirección a la cabaña construida muy cerca de la orilla del mar, en la pequeña playa que parecía encajonada entre rocas. Un inesperado, sorprendente y bello lugar.

—Arciniegas —señaló el del maletín.

El piloto asintió, mirando al hombre que había salido de la cabaña. Dámaso Arciniegas, un gran tipo. Parecía un pobre hombre, un sencillo pescador sin más complicaciones que las que pudiera depararle el mar. Era gordito, de baja estatura, de redondos ojos muy brillantes, y simpática sonrisa que parecía una luz blanca bajo

sus grandes mostachos. Sin embargo, era uno de los más eficaces colaboradores de la CIA en América del Sur. Inteligente, audaz, astuto, duro como el hierro…

—Cada vez que lo veo, no tengo más remedio que sonreír —dijo el piloto—. Tiene cara de luna llena con bigote. ¿A ti no te produce esa impresión, Chet?

Chet Lawrence alzó las cejas, como sorprendido por las impresiones de su compañero en el CIA, Harry Mowery. Y tras breve reflexión, asintió.

—¿Sabes que tienes razón? —sonrió—. No se me había ocurrido nunca, pero ahora que lo dices… Nos está haciendo la señal.

Abajo, ya muy cerca, Dámaso Arciniegas movía los brazos del modo convenido. Todo iba bien. Podía ser que lo viesen por allí, que todo pareciese estar en orden, pero los dos agentes de la CIA sabían que si Arciniegas no movía los brazos de aquel modo, tenían que seguir volando, como si aquel lugar no les importase lo más mínimo.

—A mí —dijo Harry Mowery— quien me hace gracia es su hijo, el pequeño Masito: tiene la misma cara que su padre. Bueno, la misma, no, claro… Quiero decir que es idéntico. Cada vez que le miro me sorprendo de verlo sin el mostacho.

—Los niños de esa edad no suelen tener mostacho —rió Chet Lawrence, de buena gana—… Por cierto: no veo a Masito por aquí.

—Estará jugando en cualquier parte. Me pregunto si éste es lugar adecuado para un niño de nueve años.

—Eso es cosa de su padre, no nuestra.

Mowery volvió a asentir. El helicóptero se posó en tierra, muy cerca de la franja de arena. Las grandes aspas dejaron de girar, y los dos norteamericanos miraron hacia Arciniegas, que, delante de su cabaña, seguía haciéndoles señas.

—Se le van a cansar los brazos —opinó Lawrence.

Fue el primero en saltar del aparato. Mowery lo hizo por el otro lado, se reunió con él, y los dos caminaron hacia la cabaña. Dámaso Arciniegas seguía allí, como si tuviese los pies clavados al suelo. Y a medida que se acercaban a él, se fueron dando cuenta de la palidez del rostro del colombiano, de la ausencia total de su acostumbrada sonrisa de bienvenida… Más aún: vieron en sus ojos una angustia tal,, que, de pronto, los dos agentes de la CIA se detuvieron, muy

inquietos.

Estaban a menos de diez pasos de Arciniegas y la cabaña.

—Dámaso…, ¿ocurre algo? —preguntó Chet Lawrence.

Ocurrió algo, entonces.

Por una de las ventanas de la cabaña, comenzaron a disparar. Los disparos sonaban como trallazos en el tranquilo lugar, quizá como el chasquido de gigantescas olas contra las rocas.

Y a cada disparo, los agentes de la CIA se estremecían, gritaban, saltaban, gemían, se retorcían, empujados violentamente por las balas. Diez, doce, quince…, quizá veinte disparos. Y luego, el súbito silencio, a excepción del mar, que se deslizaba con su rumor inconfundible sobre la arena de la pequeña playa.

Tendido en el suelo, Dámaso Arciniegas hundía su cara de luna llena en el polvo. No quería mirar. No quería ver lo que había pasado, aunque lo sabía perfectamente. No quería ver a aquellos dos hombres que periódicamente le visitaban para llevarle el maletín, convertidos ahora en sangrantes cadáveres… Sus ojos se cerraban fuertemente, sus manos se clavaban como garras en la tierra. No quería mirar, no quería ver a los norteamericanos.

—Registra al del maletín, Lucien… —dijo uno de ellos—. Debe llevar la llave.

Era cierto.

Chet Lawrence llevaba en un bolsillo la llave de la esposa que se cerraba en su muñeca para evitar la pérdida del maletín. La esposa fue abierta, y separada de la muñeca del agente de la CIA.

—Oye, Hughes —dijo Lucien—, esta otra llave debe ser del maletín, ¿no te parece?

—Puedes probar. Nos ahorraríamos trabajo.

También en esto tuvieron razón. Con la otra llave, el maletín fue abierto sin dificultad alguna. Y al ser alzada la tapa, el sol pareció estallar dentro del maletín, en miles de reflejos, como convirtiéndose en fuego sobre los hermosos brillantes.

—*Fi-fiuuu* —silbó Lucien—. ¡Hermoso espectáculo! ¿Qué te parece? Brillantes en Colombia…

—Eso prueba que el mundo todavía no está explotado de verdad —sonrió Hughes—. Siempre hay sorpresas. Vamos a enseñárselos a Otto.

Lucien cerró el maletín, y se incorporó. Ambos regresaron hacia

la cabaña, deteniéndose al llegar adonde yacía Dámaso Arciniegas, con las manos clavadas en la tierra. Los dos asesinos miraron hacia la cabaña de la ventana, en la cual se veía ahora a un hombre de cabeza completamente pelada, redonda, redondísima, como una perfecta bola, muy reluciente. La luz ponía reflejos en los cristales también redondos y muy gruesos que llevaba aquel hombre. Y los reflejos se movieron cuando asintió con un gesto a la muda pregunta de Hughes y Lucien.

Entonces, éstos apuntaron sus pistolas a la espalda del caído Arciniegas, y comenzaron a disparar… El recibir el primer balazo, Dámaso pareció saltar, giró, volvió a caer, se colocó de rodillas, sus ojos desorbitados miraron hacia ellos…

—Mi hijo —gimió—. Me han prometido que a él no…

Otras dos balas le alcanzaron; una en la frente, otra en el pecho, empujándolo brutalmente hacia atrás. Todavía le alcanzó otra bala disparada por Hughes… Y ninguna más, porque ambos asesinos habían agotado sus cargadores, lo cual pareció disgustarles.

Hughes se acercó a Arciniegas, y le dio un puntapié en un costado. Dámaso Arciniegas se movió igual que un pastel de gelatina, y eso fue todo. Sus desorbitados ojos continuaron fijos en el cielo azul, limpio, refulgente.

Luego, los dos asesinos continuaron su marcha hacia la cabaña. Entraron en ésta, y vieron al hombre de la cabeza redondísima y gruesos lentes redondos de miope, que seguía junto a la ventana. En la mano derecha sujetaba una pistola. La izquierda se cerraba con fuerza sobre los largos cabellos negrísimos de Masito Arciniegas, que estaba amordazado, y cuyos ojos parecían ir a saltar de las órbitas.

—¿Están los brillantes? —preguntó, en francés, señalando el maletín.

—Sí, Otto —Lucien se acercó, y lo abrió, sosteniéndolo con ambas manos ante los miopes ojos—. Y son brillantes de verdad. ¿Cuánto calculas que puede haber aquí?

—Unos tres millones de dólares. Haremos un buen negocio en muchos sentidos.

—Podemos marcharnos con el helicóptero —sugirió Hughes—. Es más rápido.

—Desde luego —Otto empujó rudamente al niño—. Sacad de

aquí a este mocoso y matadlo.

—Yo lo haré —sonrió Hughes—. Déjame tu pistola. La mía está descarg…

—¡Hey! —gritó Lucien—. ¡Qué se escapa!

Al mismo tiempo que gritaba, saltaba hacia Masito Arciniegas, intentando retenerlo, pero el niño hizo un agilísimo cambio de dirección en su camino hacia la puerta, y Lucien perdió el equilibrio al querer imitarlo, cayendo de rodillas. Lanzó una horrenda maldición, y se puso en pie.

Otto tiró su pistola a las manos de Hughes.

—¡Acaba con él! ¡Que no escape!

Hughes salió corriendo de la cabaña, y pudo ver brevísimamente al niño desapareciendo por la esquina izquierda. Alzó la pistola, pero no disparó, comprendiendo en el acto que sería inútil. Echó a correr hacia allí, dobló la esquina, apareció alzando la pistola…, y se quedó clavado al suelo, estupefacto. ¿Dónde estaba aquel maldito niño?

—¡Lucien! —llamó—. ¡Se ha escondido entre los matorrales! ¡Ven a ayudarme a buscarlo!

Lucien apareció, metiendo otro cargador en su pistola, y se reunió con Hughes, que miraba furiosamente a todos lados.

—¡Maldito niño asqueroso! —aulló Hughes—. ¡Le voy a…!

—¡Por allá va! —señaló Lucien.

Cierto. Por *allá* iba Masito Arciniegas, saltando con la agilidad de un conejo, a todo correr, hacia la vegetación más frondosa del interior. Los dos asesinos alzaron sus armas, dispararon…, y Masito Arciniegas continuó corriendo, aún más velozmente, si eso era posible.

—¡Lucien, Hughes! —vociferaba Otto, en la puerta de la cabaña —. ¡Que no escape!

En realidad, fue una persecución breve.

Los dos asesinos corrieron tras el muchacho, que volvía la cabeza y continuaba corriendo. Le dispararon algunas veces más, pero era lo mismo que dispararle al viento… El niño cambió la dirección de su marcha, hacia el mar, comprendiendo que lo iban a alcanzar aquellos dos hombres altos y fuertes. Y era cierto… Cada vez estaban más cerca de él.

Y así, llegaron los tres a las rocas contra las cuales se estrellaba

el mar. Masito quedó en el borde, volviendo una vez más su asustadísimo rostro infantil. Lucien alzó la pistola, y disparó contra el niño, que desapareció hacia el mar.

Los dos asesinos se acercaron al borde, y estuvieron allí, mirando las aguas, durante más de cinco minutos, dispuestos a reventar aquella cabecita si sobresalía de las aguas. Pero la cabecita no sobresalió, y poco después, Otto, Lucien y Hughes subían al helicóptero, llevando el maletín con tres millones de dólares en brillantes colombianos.

El helicóptero se elevó, emprendiendo ruta hacia el Oeste, sobrevolando la costa.

Si hubieran ido hacia el Este, quizá habrían visto a Masito Arciniegas, agarrado con ambas manos a una roca, escondido entre ellas, empapado, temblando de miedo.

Quizá, hasta hubiesen podido ver las lágrimas que se deslizaban por el rostro del niño, mezclándose con el agua del mar.

Pero entonces, si lo hubiesen visto, no habría quedado un superviviente.

Capítulo primero

La bellísima muchacha de los más hermosos ojos azules del mundo estaba sumergida en el agua de la bañera, cubierta de espuma rosada de delicioso aroma, de modo que no se podía ver su cuerpo. Pero, si la belleza del cuerpo correspondía a la del rostro, no había que hacer muchas cábalas para tener una idea.

Los negros cabellos, que a veces parecían azules, estaban recogidos sobre la cabeza con un encantador lacito de color rojo, de un tono más intenso que el de sus labios, estirados en una sonrisita de placer. De cuando en cuando, una mano bellísima aparecía de entre la espuma, y quitaba una gotita de jabón del rostro, pasando por la barbilla que tenía un hoyuelo vertical en el centro… Una criatura así tenía derecho a todo, podía permitírselo todo… excepto entornar aquel aria, que, en honor a la verdad estaba saliendo considerablemente malparado:

—*¡Vita e amore… Vita e amoreeeeee…!*

En el suelo, junto a la bañera, el diminuto perrillo de raza chihuahua comenzó a ladrar, y la bellísima cantante lo miró con gesto de maliciosa simpatía.

—¿No te gusta cómo canto, «Cicero»?

—¡Guau! —ladró agudamente el diminuto can.

—Pues a decir verdad, a mí tampoco —se echó a reír la divinísima criatura—. Nadie es perfecto, chiquitín. Puedo hacer muchas cosas estupendamente, pero según parece, el canto no es precisamente mi mayor habilidad. ¿Estamos de acuerdo?

—¡Guau!

—Eres un bichito muy comprensivo… Por ejemplo, aquí me tienes, convertida en una periodista famosa en el mundo entero, Premio Pulitzer, jefe de la Sección Internacional del *Morning News* nada menos… Mis artículos se publican en todo el mundo por

medio de la Agencia World Press. Fantástico, ¿verdad?

—¡Guau!

—Gracias, mi pequeño amiguito. Y además de eso, fíjate qué cosas, chiquitín; soy una espía temida en todo el mundo: nada más ni nada menos que la terrible Baby de la CIA Ahí sí que estoy en mi terreno, diminuto cariñín… Puedo hacer cualquier cosa. Claro está, sin que nadie sepa quién es en realidad la agente Baby. ¡Oh, santo cielo!, ¡si supiesen quién es Baby, cientos de espías muy malos vendrían a matar a la periodista Brigitte Montfort! Y eso no te gustaría a ti, ¿verdad, renacuajo?

—¡Guau, guau!

—Eres encantador. *Amore míiioooooo!* Oh, bueno, esto no te lo digo a ti, ¿sabes? A un perro se le quiere, pero no se le ama. Estoy segura de que me comprendes. ¿Verdad que sí, chiquitín?

—¡Guau!

—¡Pero qué listo eres…! *Il mío grande amoreeee!* ¿Sabes una cosa?: será mejor que deje de cantar, no sea que, como se suele decir vulgarmente, se ponga a llover. Y eso no me gustaría nada… Por otra parte, no voy a ser tan tonta de estropear uno de los días agradables de esta terrible Nueva York… Así que ya no voy a cantar más. Lo que voy a hacer es terminar mi baño, porque si no, con tanta agua, mi piel quedaría arrugada como la de una viejecita. «Cicero», amigo mío: ¿por qué tenemos que hacernos viejos? Hasta tú te estás haciendo viejo… Pobrecillo. Pero, bien mirado, la vejez no tiene demasiada importancia. Es sólo un estado físico, igual que la juventud. Lo que pasa es que durante la juventud se pueden hacer unas cosas, y durante la vejez, otras. Lo bueno, lo inteligente, es comprender esto, y saber disfrutar de cada uno de esos estados físicos… ¿Me comprendes?

—¡Guau!

—Pues si me comprendes, morirás feliz, chiquitín.

Cuando ya seas tan viejo que tu cuerpo no responda a los deseos de tu mente, morirás… felizmente. Y cuando eso suceda, no tengas miedo, no pienses en la Muerte como algo espantoso. Piensa que habrás pasado tu vida en Nueva York, en un apartamento agradable, a veintisiete pisos de altura sobre la Quinta Avenida, y que te has relacionado con personas que te han querido, que te han tratado bien, que te han respetado… Eso es lo que importa,

«Cicero». Entonces al morir sólo tienes que preguntarte: ¿qué clase de nueva vida agradable me espera en la Muerte? Y así, no tendrás miedo… Me parece que te estoy entristeciendo, ¿verdad? Pues vamos a hablar de otra cosa. Por ejemplo, ya que estaba cantando esa aria podemos hablar del amor. «Cicero», ¿tú sabes lo que es el amor?

Se quedó mirando al perrillo, que ladeó la cabeza, sin ladrar esta vez, mirándola con sus grandes ojos saltones, temblando de alegría su cuerpecillo…

—No lo sabes, ¿verdad? Pues verás: el amor…

Brigitte Montfort, alias Baby, la más temida espía del mundo, se calló. Entornó los ojos, la sonrisa de sus sonrosados labios se dulcificó aún más… En su mente aparecieron las imágenes: una hermosa villa con vistas al Mediterráneo, flores, el cielo azul, zureo de palomas, o denso silencio… Un viento caliente procedente de África, un olor a mar, un olor a tierra… Y un hombre como no podía haber otro en el mundo, que la abrazaba, y la besaba en los labios mientras la acariciaba con sus manos grandes, bronceadas, fuertes como si fuesen de acero…

—¡Guau!

Brigitte miró al animalito, y sonrió dulcemente.

—Está bien, está bien, te estoy desatendiendo… Vamos a continuar. El amor…

Al mismo tiempo que «Cicero» seguía ladrando, volviéndose ahora hacia la puerta del cuarto de baño, ésta se abrió y entró sin preámbulo alguno Charles Alan Pitzer, jefe del Sector Nueva York de la CIA.

—¡Tío Charlie! —exclamó Brigitte—. ¡Es usted un sinvergüenza! ¡Le he dicho muchas veces que cuando me esté bañando…!

—Su avión para París sale dentro de hora y media —dijo Pitzer.

Brigitte Montfort parpadeó.

—¿Tengo que ir a París?

—Sí.

—Oh… ¡París en primavera! Es una delicadeza por parte de la CIA enviarme allá… ¿Qué pasa en París?

Charles Alan Pitzer acercó el taburete de color azul, y se sentó junto a la bañera. De un bolsillo interior sacó un sobre, y de éste dos fotografías, que tendió a Brigitte.

—Chet Lawrence y Harry Mowery —musitó.

—¿Quiénes son?

—Usted los llamaría Simón y Simón…, si todavía estuviesen vivos.

La agente Baby palideció intensamente.

—¿Han sido muertos en París? —tembló su voz.

—No. En Colombia. Pero según parece, los hombres que los mataron fueron vistos posteriormente en París. Nuestros hombres de allá se están encargando de asegurarse y localizarlos definitivamente. Cuando usted llegue a París es posible que hayan conseguido algo.

—Eso quiere decir que sabemos quiénes los han matado…

Pitzer sacó otro sobre, y de él tres fotografías, que también tomó Brigitte con su húmeda mano derecha. Alzó las cejas, y miró un tanto sorprendida a Pitzer.

—Esto son fotografías-robot —musitó.

—Es todo lo que hemos podido conseguir, aparte de sus nombres. No sabemos nada más porque hablaban en francés, y nuestro informante no entiende ese idioma. Pero, hay posibilidades de que se llamen Lucien, Hughes y Otto. Es lo único que entendió el niño.

—¿Qué niño? —respingó Brigitte.

Pitzer bajó la cabeza, y estuvo unos segundos silenciosamente, antes de murmurar, fija la mirada en la rosada espuma:

—Me temo que la noticia es mala por muchos conceptos, Brigitte. Es posible que todo esto haga desistir a la CIA de continuar con la Sección «Pax».

—No pueden hacer eso… ¡Esa es mi Sección! Ni siquiera hace un mes que la propuse, y entonces me dijeron que iba a ser aceptada inmediatamente, y que…

—Y fue aceptada, usted lo sabe. La CIA no puede negarle nada. Pero el caso es que esa Sección ha tenido una pérdida de tres hombres a un mes escaso de su creación. Tres hombres…, y tres millones de dólares en brillantes.

—¿Tres hombres? Usted que ha dicho dos…

—El otro no era propiamente un Simón, sino un eficaz colaborador colombiano. Los asesinaron a los tres, delante del hijo del colombiano, un muchacho de nueve años al que también

querían asesinar. Pero pudo escapar, se lanzó al agua, creyeron que había muerto, y se marcharon. Horas más tarde, en vista de la tardanza de Chet Lawrence y Harry Mowery, los nuestros fueron allí, y se encontraron al niño sentado junto al cadáver de su padre. Fueron tres asesinatos brutales, y se llevaron los brillantes y un helicóptero. Y no es sólo eso, sino que parece que su Sección no funciona bien.

—Funcionará —susurró Brigitte—. Pero las cosas no se pueden organizar en un mes, tío Charlie. No, al menos, cosas como ésta. ¿El niño fue quien describió a estos tres hombres y dijo que esos podían ser sus nombres?

—Sí.

—¿Dónde está ese niño ahora?

—En Colombia, en lugar seguro.

—Quiero que se le asigne una pensión hasta que cumpla veinticinco años, suficiente para vivir bien, y estudiar algo importante, si así lo desea. Si la CIA no está dispuesta a hacerlo, que se me informe de ello, y lo haré personalmente. No podemos devolverle a su padre, pero al menos, no pasará necesidades.

—Me ocuparé de eso —asintió Pitzer—, y ya le diré qué responden en la Central. Ahora, en cuanto a esos dos hombres de la CIA que fueron asignados a su Sección especial…

—Espere un momento, tío Charlie —cortó Brigitte—. Si usted, o los señores de la Central, piensan que voy a desistir de seguir adelante con esa Sección, están equivocados.

—Le han matado a dos hombres…

—Hace muchos años que trabajo para la CIA, y en esos años han matado a muchos de los nuestros. La única diferencia entre esos hombres y estos dos —movió las fotografías de Lawrence y Mowery — es que estos dos pertenecen a una Sección nueva, de mi invención personal. Pero ni estas muertes, ni otras, me harán desistir.

—Esa Sección es absurda —masculló Pitzer—. Ya ve lo que ha pasado.

—Tío Charlie…, lo medité muy bien antes de hacer esa sugerencia a la CIA Y si después de meditarlo bien, dije que quería esa Sección, es porque estoy convencida de que nos será útil… No pienso ceder. Y si la CIA no está dispuesta a apoyarme, seguiré sola.

En un abrir y cerrar de ojos puedo reunir hasta mil millones de dólares, y hombres tan preparados como lo de la CIA Amigos personales míos… Pero si eso sucede, dicha Sección «Pax» no sería una… subsidiaria de la CIA, como yo pretendo en beneficio de la CIA misma, sino que trabajaría por su cuenta. De modo que la CIA puede hacer dos cosas: o aceptar los beneficios de esa Sección ideada por mí, y financiarla, como ha venido haciendo desde que hace un mes lo aceptaron o… disolverse recién empezada; en cuyo caso, yo personalmente, tras dimitir de un modo definitivo de la CIA, me encargaré de organizaría y extenderla por todo el mundo. Tengo la esperanza de que me haya entendido.

—Sí… La he entendido. Y supongo que Número Uno sería el primero que se pondría de su parte.

—Naturalmente. Y sabe usted muy bien que Número Uno puede dirigir cualquier organización internacional. Así que cuando salga de aquí, corra a comunicar con la Central: o aceptan mis condiciones, mi Sección…, o que me borren de sus archivos… para siempre. Y ahora, hablemos de esto… ¿Qué es eso de tres millones de dólares en brillantes?

—Pues… Bien, me parece que no le va a gustar…

—Estoy acostumbrada a cosas que no me gustan.

—Emmm… Bueno, esos diamantes procedían de una explotación clandestina que la CIA está efectuando en cierto lugar de Colombia…

—Espere. ¿Me está diciendo que la CIA está *robando* brillantes de un desconocido yacimiento colombiano?

—Pues… Sí. Sí.

—Fantástico. Santo cielo, no puedo creerlo…

—El dinero de esos brillantes era el que estaba destinando a la puesta en marcha de su Sección, Brigitte.

—¿Es una broma? —sonrió fríamente la espía.

—No… Bueno, ya sabe que la financiación de organizaciones de ese tipo suele ser muy cara…

—¡La CIA tiene dinero suficiente para pagar esa financiación! Por el amor de Dios…, ¡están financiando mi Sección con brillantes robados a Colombia! ¿Brillantes en Colombia? No puedo creerlo… ¡Ni puedo creer que la CIA los esté robando para utilizarlos en una idea *mía*!

—Bueno… El caso es que así se ha estado haciendo. Cada semana, dos de los nuestros iban a llevar los brillantes obtenidos a Dámaso Arciniegas, y éste los ponía en ruta hacia Estados Unidos. Dámaso Arciniegas es… era el padre de ese niño que pudo escapar a los asesinos. Dice que tres hombres llegaron, amenazaron a su padre con matarlo a él si no engañaba a los de la CIA, y que su padre, para evitar que lo matasen, accedió. Contribuyó a tender la trampa a Mowery y Lawrence, y entonces, los mataron a los tres… y se fueron con los tres millones en brillantes.

—¿Fueron a París?

—Eso parece. Tenemos a nuestra gente de allá en el caso, pero puesto que han sido asesinados dos Simones, que además eran de su Sección, pues… Bien, su avión sale dentro de hora y media.

—Menos algunos minutos ya. Salga a decirle a Peggy que prepare mi equipaje para…

—Ya lo está preparando.

—Está bien —Brigitte dedicó su atención a las tres fotografías-robot—. ¿De modo que éstos son los asesinos? ¿Y ha sido el niño quien ha «dictado» sus rostros?

—Sí. Dudo que el muchacho olvide jamás esas caras. Los nombres ya es otra cosa, no podemos estar seguros… Pero parece que a éste lo llamaban Lucien, a éste Hughes y a éste, Otto. Es lo que nuestros hombres de Colombia han deducido por las explicaciones del niño.

Brigitte miraba las fotografías. Dos de aquellos rostros no tenían nada de especial. Hombres de más de treinta años y menos de cuarenta, fuertes, de facciones duras y vulgares. Pero el llamado Otto era muy especial, muy fácil de identificar, con su cabeza redonda, pelada completamente, y con aquellos gruesos lentes de cristales redondos, de miope…

—Supongo —murmuró— que la CIA quiere que recupere los tres millones de dólares en brillantes.

—Sí, claro. Pero también quiere saber quiénes son estos hombres, cómo supieron lo de los brillantes, para quién trabajan si es que no son aventureros particulares…

—¿No es maravilloso? —dijo gélidamente la espía más peligrosa del mundo—: los deseos de la CIA y los míos coinciden completamente, tío Charlie.

—La estarán esperando a su llegada a París.

—Magnífico —la espía se puso en pie en la bañera, envuelta en espuma, tras quitar el tapón del desagüe, y devolvió las fotografías-robot a Pitzer—. Ya puede destruirlas, si quiere. No sé si recuperaré los brillantes, pero dígales a los señores de la Central que estos tres hombres van a morir.

—Respecto a la Sección «Pax»…

—Sobre eso, ya he dicho todo lo que tenía que decir… ¿Será tan amable de alcanzarme el albornoz?

—Sí, claro…

Pitzer fue a descolgar el albornoz, mientras Brigitte abría el grifo de la ducha de agua fría. Cuando el veterano espía se volvió, el agua estaba deslizando la espuma de gel por aquel cuerpo perfecto, magnífico, de aspecto delicado, y que parecía hecho de seda, de oro y de sol.

Sólo que en ocasiones, aquel cuerpo delicado, bello y dulce, se convertía en una máquina de matar.

Que *jamás* había fallado.

Capítulo II

El jefe de la CIA en París no iba a tener ningún problema para identificar a la persona que estaba esperando en Orly. La conocía sobradamente, pues no iba a ser la primera vez que se pusiera a su disposición.

Sólo que esta vez, el jefe de París sabía que dos agentes de la CIA habían sido brutalmente asesinados, y que, por lo tanto, cualquier broma sería acogida con cortés frialdad por parte de la persona que esperaba.

Así que nada de bromas y sonrisas.

Por lo demás, en efecto, no tuvo ningún problema.

Y por otra parte, la persona esperada era siempre fácil de identificar por cualquier agente de la CIA en todo el mundo: *llegará sola, con un pequeño maletín rojo estampado con florecillas azules, y será la más hermosa pasajera del vuelo*.

Cierto.

En cuanto la agente Baby apareció con su maletín el jefe de París se acercó a ella, sin preámbulos, sin disimulos. Ella le vio, y, por supuesto, también le reconoció al instante.

—Buenos días, Baby. Espero que haya tenido buen viaje.

—Sí, gracias —ella le tendió la mano, muy seria—. ¿Puede ocuparse de mi equipaje?

—Con muchísimo gusto.

Minutos después, en el coche de Simón-París, ambos se dirigían hacia la capital francesa.

—Tenemos una avioneta a su disposición por si nuestras pesquisas se confirman y usted quiere salir inmediatamente hacia Chamonix —dijo de pronto Simón—. Si no hay error, los tres asesinos están allí.

—Esperemos que no haya error.

—Lo más seguro es que no, pero queremos trabajar bien. Todo indica que estamos en el buen camino. Conocemos los nombres: Otto Sudenhorst, Lucien Bouvier y Brandos Hughes. Alemán, británico y francés, respectivamente. No cabe duda de que quien dirige a los otros dos es el alemán. Y tiene bastantes más hombres. Se halla instalado en una hermosa villa cerca de Chamonix, y vive a lo grande, tiene amigos millonarios, pero de sospechoso comportamiento, y, en general, las cosas no parecen estar bastante claras a su alrededor. Hay posibilidades de que sea el dirigente de una organización privada dedicada a la venta de armas, alquiler de mercenarios, y cosas de ese estilo… Ya le digo que estamos esperando la confirmación definitiva a todo eso.

—¿Cuándo tendremos esa confirmación?

—Puede llegar en cualquier momento. En realidad, sólo se trata de la última identificación por parte de esas fotografías-robot. Desde luego, si se tratase de identificar a Hughes y a Lucien la cosa no estaría tan clara, pero ese hombre, Sudenhorst, es inconfundible.

—¿No tenemos indicios de que esté trabajando para algún servicio secreto?

—No. De eso, nada.

—Me alegro.

—Hay un detalle que nos tiene un poco desconcertados: el tal Sudenhorst ha operado casi siempre en Oriente Medio y en Europa así que no comprendemos qué podía hacer en Sudamérica. Eso es lo que nos hace vacilar.

—Personalmente he llegado a una conclusión sobre eso, Simón. Parece razonable admitir que en la Sección «Pax», recién organizada, haya habido algún pequeño fallo, una fisura…, y que una pequeña información sobre ella haya llegado a Europa. Es posible que Sudenhorst tenga canales de información lo bastante importantes para meter las narices en un asunto en el que, de momento, ha conseguido tres millones de dólares en brillantes.

—Entonces…, ¿no hay un traidor en Sudamérica?

—No lo creo. Un traidor habría hecho mucho más daño… Es una pequeña información que se ha escapado en esa nueva Sección. Eso es todo.

—Lo prefiero así… Y supongo que dicha Sección se irá perfeccionando. Algo he oído de ella, peno no sé concretamente

cuál es su cometido definido en la CIA Creo que la llaman Sección «Pax», ¿no es así?

—Sí. Por el momento se está organizando sólo en América del Sur, pero quizá con el tiempo podamos extenderla a todo el mundo.

—¿Acaso la CIA no está ya extendida en todo el mundo? —se sorprendió el espía.

—La CIA, sí, pero no la Sección «Pax».

—¿Qué se propone exactamente esa Sección?

—Evitar la violencia en lo posible. Sus métodos operacionales estarán basados en la inteligente utilización de las informaciones. Hasta la fecha, generalmente, cuando alguna persona de Sudamérica cae en desgracia a la CIA, es eliminada, sistema que parece único e imperfectible. Sin embargo, la Sección «Pax» quizá pueda conseguir resultados mejores sin tener que asesinar a nadie. Hay armas más poderosas que una bomba o una pistola. Por ejemplo, el chantaje, la coacción o el desprestigio.

—No sé si lo entiendo bien, francamente.

—Supongamos que hay un presidente llamado X que dirige un país sudamericano, y que está preparando una maniobra política o militar que a la CIA no le gusta. No se le mata. Se le envía a uno de nuestros agentes especiales, y se le advierte que, en caso de continuar adelante, la CIA pasará información a todo el país y luego a todo el mundo, de ciertas maniobras de esas poco limpias que siempre realizan los políticos; o bien, se le sugiere la posibilidad de que si hace lo que está planeando, se le retirará toda la ayuda que hasta entonces se le ha venido dispensando, y no sólo por parte de Estados Unidos, sino por parte de todos aquellos países en los cuales Estados Unidos tenga alguna ascendencia, o bien, se le informa amistosamente de que, si sus proyectos resultan molestos para los países vecinos, esos vecinos pueden recibir tal cantidad de armamento que su país quedaría convertido en escombros…

—Me parece que ya entiendo —sonrió Simón—: y a eso lo llamo yo coacción y chantaje político.

—Yo también lo llamo así. Pero siempre es mejor eso que un asesinato o una revolución, o una guerra. Y lo mismo que al presidente X se les advierte a los jefes de guerrillas, posibles líderes futuros que estén tramando maniobras peligrosas… Siempre hay un agente especial que aparece en el momento oportuno. «Señor —le

dice al personaje en cuestión—: si usted sigue por ese camino puede tropezar muy seriamente con tal o cual obstáculo. Nosotros le sugerimos amistosamente que reconsidere sus proyectos».

—¿Y si no lo hace? ¿Y si persiste en sus proyectos?

—Si esos proyectos son de maniobras políticas, anulamos todas las posibilidades de que tengan éxito. Si esos proyectos son de violencia, se le recuerda que delante de él va a encontrar armamento en tal cantidad que sus posibilidades de éxito son remotísimas. O se le priva de sus ayudantes, lugartenientes y personas de confianza en las que pensaba apoyarse, secuestrándolas; y mientras tanto, se le delata, de modo que es encarcelado, desterrado… Cualquier cosa menos la violencia. Tenemos en proyecto utilizar expertos políticos, militares, sociales, etcétera, para apoyar todas las acciones de la Sección «Paz». Y agentes secretos perfectamente capacitados para tender una red en todo el continente americano que nos facilite una información al día sobre posibles contratiempos.

—La idea es buena —murmuró Simón—. Pero si esa Sección tuviese éxito, llegaría un momento en que absorbería a la CIA misma… Quiero decir que toda la CIA sería la Sección «Pax».

—Esa es la idea…, aunque ya sé que no será fácil conseguirlo.

Simón-París volvió un instante la cabeza hacia Baby.

—Esa Sección…, ¿es obra de usted?

—Sí.

—Es fácil de adivinar. Mmmm… Bueno, supongo que no le ha gustado que maten a dos de los hombres de la Sección «Pax».

—No me gusta que maten a nadie. Cada día menos, Simón. Quiero que la Sección «Pax» siga adelante, si es posible. Pero una cosa es bien cierta: todo aquel que mate a un agente de la CIA quedará fuera de los beneficios de la Sección «Pax». Como sucede ahora. Esos tres hombres, pase lo que pase, van a morir.

El espía asintió con la cabeza, y quedó pensativo. Estaban ya muy cerca del más amplio bulevar periférico de París cuando dentro del coche se oyó claramente el suave zumbido. Simón sacó su radio de bolsillo rápidamente.

—¿Sí, qué hay?

—Todo confirmado. ¿Ha llegado ella?

—Sí. Está conmigo.

—Bien. Díselo: son ellos. En Chamonix. ¿Qué hacemos?

—Simón-París miró a «Baby», que le hizo una seña para que le entregase la pequeña radio.

—Simón, soy Baby —habló ella por la radio—. Reserven inmediatamente por medio de nuestros compañeros en Chamonix una habitación en el hotel Savoy, a nombre de Monique Lafrance, a cuyo nombre, y en ese hotel, dejarán un sobre que contenga, simplemente, la indicación del lugar donde está la villa de Otto Sudenhorst; después de lo cual, se abstendrán de intervenir salvo requerimiento expreso por mi parte. Luego, llamen a Ginebra, para que los nuestros de esa ciudad tengan alquilado en el aeropuerto un coche a nombre de Monique Lafrance, con el cual llegaré a Chamonix. ¿Alguna duda?

—No. ¿Nada más?

—Nada más. Gracias a todos.

Devolvió la radio a Simón, que antes de cerrarla dijo:

—Toma el mando: salgo para Ginebra con la avioneta.

En la conserjería del hotel Savoy de Chamonix había, en efecto, un sobre para la señorita Monique Lafrance; lo cual no tenía nada de sorprendente. Pero lo que sí tenía sorprendido al conserje era el hecho de que la reserva de una habitación hubiese sido hecha aquel mismo día.

—Si me pregunta cómo es posible, ni yo mismo lo sé —le sonrió a la bellísima recién llegada viajera—, pero lo cierto es que sí, tiene usted una habitación reservada, madeimoselle.

—Gracias. He tenido que recurrir a un amigo que parece tener buenos resortes por aquí… Pero he salido tan precipitadamente de París que he venido prácticamente sin equipaje.

—Es un problema que podrá resolver en nuestras tiendas con unos cuantos francos —sonrió el conserje—. ¿Ha venido a esquiar, madeimoselle?

—Sí, sí, naturalmente.

—¿Muchos días?

—Una semana, espero. ¿Será tan amable de enviar mi maleta a mi habitación? Mientras tanto, saldré a dar una vuelta…, y espero volver con más maletas y equipo adecuado.

—Le deseo una feliz estancia, madeimoselle.

Eran las cuatro y media de la tarde.

A las seis y media, la señorita Monique Lafrance había comprado ropas adecuadas al lugar, y equipo para esquiar. Para entonces, el sobre y la hoja de papel que contenía habían sido destruidos, no sin que antes Monique Lafrance se hubiese asegurado de que podía localizar la villa de Otto Sudenhorst por medio de las indicaciones escritas en la hoja de papel. Y para la señorita Lafrance, asegurarse quería decir asegurarse, esto es, que llegó con el coche hasta la villa de Sudenhorst, la estuvo contemplando un par de minutos con evidente desconfianza, y tras desistir de buscarse complicaciones acercándose más, se dedicó a sus compras.

A las ocho menos cuarto ya había cenado.

Y a las ocho, ya en orden todo en su habitación, la señorita Monique Lafrance, prescindiendo de los indudables atractivos nocturnos de Chamonix, se acostó.

A las ocho y diez segundos, estaba dormida, tras un último pensamiento hacia un hombre al que le quedaba muy poca vida: Otto Sudenhorst.

Capítulo III

Otto Sudenhorst sonrió, al tiempo que hacía un amplio gesto con el brazo, señalando al exterior.

—Agradable lugar, ¿no es así, señor Dekobra?

El alto, delgado, elegante, flemático casi displicente John Dekobra asintió con la cabeza. Desde la salida del salón a la terraza de la villa, el panorama no podía ser más bello: montañas nevadas refulgiendo bajo el sol matinal, la visión de Montenvers, el Plano del Águila, el impresionante Col du Géant… Más cerca las instalaciones del teleférico. Y en la nieve, pequeños puntos deslizándose montaña abajo, describiendo suaves curvas, lanzando al aire nieve pulverizada que formaban sorprendentes tonos de arco iris…

—Muy agradable. Tiene usted buen gusto, Sudenhorst.

—Todos los que manejamos cantidades importantes de dinero tenemos buen gusto —sonrió Otto Sudenhorst—. Es inevitable.

—Supongo que sí. ¿Usted no esquía?

—Pocas veces. Me gusta el espectáculo, pero temo que mis facultades físicas no me permiten disfrutar de la acción… Este lugar me gusta más en verano, cuando la nieve se va fundiendo, y aparece el césped, esos grandes prados… ¿Le gusta montar a caballo, señor Dekobra?

—Sí.

—Considérese invitado para este verano.

—¿Aunque no haya aceptado su oferta? —lo miró irónicamente Dekobra.

—Oh, estoy seguro de que aceptará, porque la oferta es muy buena. Tan buena, que tengo otros posibles clientes… Sin embargo, mis preferencias se inclinan hacia usted, se lo aseguro.

—Muy amable. Pero en sus palabras me parece percibir un cierto tono de… urgencia, de apremio.

Sudenhorst abrió la gran puerta-ventana, señaló al exterior, y ambos salieron, bajando al jardín. Sin dejar de caminar, con las manos a la espalda, Otto Sudenhorst, tras reflexionar, dio respuesta a Dekobra:

—No se trata de urgencia o de apremio —matizó—, sino de la conveniencia de cerrar cuanto antes un negocio de esta clase. Mi villa está muy bien protegida, pero ni siquiera así me parece prudente tener en ella seis millones de dólares en brillantes.

—¿Teme que se los roben?

Otto Sudenhorst volvió a sonreír. Pero esta vez, quizá un tanto fríamente.

—Aparentemente —deslizó—, ésta es una villa como otra cualquiera. Mire usted a su alrededor, señor Dekobra… ¿Qué ve? Pues una hermosa casa, unos jardines, hermoso césped que procuramos tener limpio de nieve… Estoy seguro de que ni siquiera ve personas cerca de usted.

—No —admitió Dekobra—. No veo a nadie, excepto a su chófer, allá, en la puerta del garaje.

—Rostaud proporciona al… paisaje de esta villa de tono de naturalidad, ¿verdad? Un chófer limpiando el coche… Normal. Pacífico. Sin embargo, señor Dekobra, si alguien pretendiese entrar en la casa, digamos con intenciones… privadas, se llevaría una desagradabilísima sorpresa. No al entrar —la fría sonrisa volvió a aparecer en los delgados labios de Sudenhorst—, sino al salir.

—Esto casi parece una advertencia.

—No, no, por favor… Usted es una persona grata para mí; es un invitado…, casi un amigo. Simplemente, le informo de que no debe usted tener preocupación alguna por los brillantes. Serán para usted. Pero yo pregunto: ¿cuándo?

—Estoy esperando el dinero.

—Sí, lo comprendo, pero es que… llevamos ya varios días así, señor Dekobra. Y francamente, me gustaría terminar cuanto antes esta operación. En mis proyectos no se incluye una demora tan grande en cobrar.

—Quizá preferiría usted vender los brillantes a los demás candidatos que tiene en reserva.

—¿Candidatos? ¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, Aktal Nuwas, ese muchacho árabe, hijo de un

jeque del Golfo Pérsico. Me parece que yo no confiaría en él. Es un ser desagradable, casi repugnante: tiene el vicio marcado en los ojos. Y aparte de eso, quizá su situación económica actual no le permita desembolsar seis millones de dólares… Tengo entendido que está teniendo dificultades con la dirección-gerencia del Casino, donde empieza a deber demasiado…

—No hay cuidado: su padre pagará.

—Quizá. ¿Quién más hay…? Ah, sí: ese francés, llamado La Bruyére, que aparentemente dispone de una ventaja considerable sobre los demás: está en su país, puede moverse con facilidad, sin contratiempos inesperados… Y ese alemán, compatriota de usted, quizá podría sacar partido al ser su compatriota. Me refiero a ese tipo que siempre fuma en pipa… ¿Se llama Schiller?

—Walter Schiller, sí —sonrió Sudenhorst—. Es usted un hombre bien informado, señor Dekobra.

—Procuro saber en todo momento dónde tengo los pies. Y por último, claro, están esos amigos millonarios de usted, cualquiera de los cuales posiblemente aceptaría intervenir en un negocio de esa envergadura. ¿Por qué no? Aunque me pregunto si esos amigos millonarios comprarían seis millones de dólares en diamantes sin preguntarle de dónde los ha sacado y algunos detalles más… Analizando sensatamente la situación, yo diría que soy su mejor candidato, Sudenhorst.

Otto Sudenhorst se detuvo, mirando hacia la figura de un esquiador que se acercaba a su villa. No parecía muy seguro sobre los esquíes, y, ciertamente, el haber elegido aquel lugar para esquiar indicaba, cuando menos, una gran prudencia…

—¿Ve usted aquel esquiador, señor Dekobra? —señaló.

—Lo veo perfectamente. Está muy cerca.

—Bien… Obsérvelo. Seguramente, no hace mucho que esquía, se nota su cautela. Lo hace bien, pero dudo mucho que ganase alguna gran prueba. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque le falta decisión.

—¿Está tratando de decirme algo?

—Sí, señor Dekobra. A mí no me gustan las personas indecisas… Cuando queremos algo, hay que ir directamente a por ello, sin pensar en pequeños inconvenientes u obstáculos. Yo le llamé, le

hice una oferta que usted sabe que es buena. Por eso ha venido. No vacilemos más, señor Dekobra: ¿quiere o no quiere usted los brillantes?

—Sí. Y ya le he dicho que estoy esperando el dinero.

—¿Cuándo llegará?

—No lo sé. Quizá mañana, quizá pasado…

—¿Pero quiere los brillantes?

—Sí.

—De acuerdo —Sudenhorst miró su reloj de pulsera—. Voy a esperar treinta y tres horas más. Es decir, hasta las nueve de la noche de mañana. Lo siento de veras, pero no puedo esperar más.

—Lo tendré en cuenta. ¿Puedo ver los brillantes ahora?

—Los brillantes son siempre iguales.

—Está bien. Hasta la vista, Sudenhorst.

—Hasta la vista, señor Dekobra… Y no olvide lo que le he dicho sobre ese esquiador…

El esquiador que había sido puesto como ejemplo en las expresiones de Otto Sudenhorst estaba ahora tendido en la nieve, detrás de un abeto. Se había subido los lentes hacia la frente, de modo que se veían perfectamente sus grandiosos y bellísimos ojos azules…, que quedaron ocultos cuando los prismáticos quedaron ante ellos.

En el doble círculo quedaron enfocados Otto Sudenhorst y John Dekobra, Estaban hablando… En inglés.

Por los movimientos de los labios del alto y elegante personaje, el esquiador…, es decir, la esquiadora, supo que había pronunciado la palabra «brillantes». El sujeto alto y elegante estaba casi de espaldas con respecto a la bellísima esquiadora, pero Otto Sudenhorst estaba de frente, así que podía ver sus ojos empequeñecidos tras los gruesos cristales, y su pelada y redondísima cabeza quemada por el sol

Desde allí con un buen rifle, la agente Baby podía meter una bala en uno de los ojos de Otto Sudenhorst sin desviar la trayectoria ni un milímetro. Sólo que, de momento, prefería esperar. No mucho, desde luego. A ella no le gustaban los trabajos que duraban días y días… Le gustaba llegar a un lugar, afrontar la situación, resolverla y marcharse.

Pero para un hombre como aquél, matarlo no era suficiente. Y además había que localizar a los otros dos…

Los prismáticos se movieron levemente, enfocando toda la villa. Había un chófer limpiando el coche, delante del garaje. Y parecía que no había nadie más… Lo cual hizo aparecer una seca sonrisa en los sonrosados labios de la esquiadora. Los prismáticos volvieron a describir el circuito, pero tampoco esta vez vio nada que pudiese causarle alarma. Sin embargo, ella sabía que aquella villa no podía estar tan asequible como parecía. En alguna parte, debía haber más hombres. O quizá alarmas, o perros, o trampas…

«Todavía tiene los brillantes —pensó—. Están hablando de ellos. Y ese otro hombre debe ser, quizá, un comprador. O tal vez un cómplice, simplemente».

Estaba mirando de nuevo hacia los dos hombres. El alto y elegante caminaba hacia un coche de color rojo, un «Mercedes»… Antes de entrar, se volvió, para saludar con la mano a Sudenhorst, que correspondió con idéntico gesto. La matrícula se veía perfectamente.

Sin apartar los prismáticos de delante de sus ojos, la esquiadora metió la mano libre dentro del pequeño bolso que colgaba de uno de sus hombros, y sacó la radio, para efectuar la llamada.

—¿Simón?

—Sí… ¿Nos necesita?

—¿Cuántos son ustedes?

—Hemos venido seis. Estamos esperando sus instrucciones definitivas, tal como nos ordenaron.

—Tengo un trabajo para ustedes. Poca cosa, pero es importante. Localicen al propietario de un «Mercedes» de color rojo, matriculado en París: TX 1436. Pero no me llamen: yo iré llamando.

—¿Sólo eso? —sonó decepcionada la voz del espía.

—¿Le parece fácil?

—Chamonix no es muy grande, y nosotros somos seis… La verdad, teníamos esperanzas de que recurriese a nosotros para algo más… interesante.

—Quizá en otro momento. Busquen ese coche. Es todo.

Cerró la radio, la guardó en el bolso de bandolera y volvió a enfocar toda su atención en Otto Sudenhorst, pues el «Mercedes» se había perdido de vista ya. Lo vio caminar hacia el hombre que limpiaba el coche y conversar con él unos segundos. Ahora, Otto Sudenhorst estaba de espaldas y ocultaba con su cuerpo al otro

hombre, de modo que no podía ver los labios de ninguno de ellos. Mala suerte. Luego, simplemente, Sudenhorst fue hacia la casa y entró en ella.

Fin del espectáculo.

Ahora con más detenimiento, Baby volvió a mirar la casa, el jardín, los abetos… Por fin, guardó los prismáticos también en la bolsa y quedó pensativa. Por supuesto, el aspecto pacífico y bucólico del lugar no iban a engañarla a ella. Aquella casa tenía que ser una ratonera, así que la idea de entrar en busca de tres millones de dólares en brillantes no parecía demasiado buena. Tampoco parecía conveniente llegar allá, agarrar a Otto Sudenhorst por las orejas y obligarle a decirle qué se proponía, qué sabía de la Sección «Pax» y algunas cosas más. Y no parecía conveniente por la sencilla razón de que no era probable que estuviese tan sólo como todo indicaba. Por lo menos, debían estar por allí los hombres llamados Lucien y Hughes. En total, cuatro hombres en la casa, como mínimo.

Brigitte Montfort Baby, y en la actualidad Monique Lafrance, movió negativamente la cabeza, se deslizó por la nieve de modo que no pudiesen verla desde la casa, lo cual habría sucedido de ponerse en pie, y, algo más abajo, lo hizo, y continuó esquiando, ahora con una pericia que habría sorprendido a Otto Sudenhorst, y habría dejado en muy mal lugar sus comentarios respecto a la indecisión de aquel esquiador.

La nevada ladera de la montaña quedaba cortada finalmente por una carretera. Allí, en un lado, había un coche, ya provisto de soportes para los esquíes, en el techo. Baby los colocó allí, pasó al volante y emprendió cómodamente el regreso a Chamonix, que apenas distaba medio kilómetro.

La primavera se hacía sentir ya. En las calles no había nieve, y muy pronto, en las montañas aparecerían los primeros claros. El paisaje y la gente eran dignas de interés, y las bonitas casas de madera, los escaparates… Pero Monique Lafrance llegó a su hotel sin reparar en nada, muy pensativa, absorta…

Tan absorta, que cuando detuvo el coche delante del hotel Savoy, tardó unos segundos en darse cuenta de lo que estaba mirando ante ella, sin verlo. De pronto, parpadeó, y entonces sí vio lo que estaba mirando: TX 1436 75. Esta era la matrícula del coche

rojo que tenía aparcado delante, un «Mercedes».

Sacó la radio, hizo la llamada…

—¿Simón?

—Sí, sí… ¿Podemos hacer algo más?

—No. En cuanto al coche, no lo busquen: lo he encontrado yo misma.

—¡Hombre, no…!

—Lo siento. Si vuelvo a necesitarlos les llamaré.

Cerró la radio, movió la cabeza maravillada ante tanta suerte, y se apeó. Y apenas había dado seis pasos cuando vio al sujeto alto y elegante. Muy atractivo, con su porte señorial, sus canas en las sienes, su fuente despejada, grandes ojos de expresión inteligente… Estaba sentado a una mesa de la terraza, mirando precisamente hacia ella. No… Hacia ella, no. Miraba por encima de ella, hacia la calle… Parecía estar esperando la llegada de alguien.

Sin vacilar, Monique Lafrance subió a la terraza, ocupó una mesa, y se dispuso a gozar del cálido sol primaveral, como hacían otras muchas personas, charlando alegremente riendo. Había un variadísimo surtido de colores en la terraza, en la que las flores ponían una nota amable.

Ciertamente, no fue casualidad que la señorita Lafrance quedase sentada de modo que diese frente al sujeto alto y delgado, si bien se cuidó mucho de mostrar excesivo interés por él. En cambio el sujeto en cuestión pareció verla entonces, y tras un gesto de pasmo y admiración, se quedó mirándola fijamente…

—*Madeimoselle*?

—*Oh… Byrrh, s'il vous plait.*

—*Mais oui. Tout de suite*.

El camarero se retiró, y Monique encendió un cigarrillo. Sabía que aquel hombre no le quitaba la vista de encima. Llegó al aperitivo, y cuando lo tuvo ante ella, Monique le hizo una seña al camarero, que se inclinó, expectante.

—*Ce Monsieur lá* —murmuró Monique—… *Qui est'il?*

—*Monsieur Dekobra, madeimoselle. Il est anglas*.

—*Merci.*

De nuevo se retiró el camarero. Monique bebió un sorbito de «Byrrh» y miró al llamado Dekobra, el cual aprovechó la ocasión para sugerirle una sonrisa. Monique parpadeó, y se dedicó a mirar a

un grupo de jóvenes que reían de muy buena gana. Cuando volvió a mirar a Dekobra, éste no la miraba a ella, sino hacia la calle. Se había detenido un coche, y Monique vio descender de él a un sujeto alto, grueso, con el rostro enrojecido por el sol, y que llevaba un gorrito de lana de varios colores, que no encajaba en absoluto con la impresionante presencia física del hombre.

Éste subió a la terraza, vaciló, y finalmente fue a sentarse a una mesa, haciendo una seña a un camarero. Monique miró otra vez de reojo a Dekobra, y frunció el ceño al ver que estaba utilizando el teléfono. Cada mesa tenía un teléfono…, y al poco de haber pedido Dekobra comunicación con el suyo, sonó el aparato que había en la mesa del recién llegado, que lo miró sorprendido…, y desconcertado. No se movió. Simplemente, se quedó mirando el aparato. Un camarero se acercó, y atendió la llamada. Estaba de espaldas a Monique. Escuchó, y le tendió el auricular al hombre del gorrito de lana.

Éste tomó el auricular cada vez más sorprendido. Cuando preguntó, Monique miró velozmente a Dekobra, que musitó algo… Miró al otro, y le vio mirar hacia Dekobra, todavía más sorprendido. De nuevo miró a Dekobra, a los labios… Golpe de suerte tras golpe de suerte: estaba hablando en alemán, el idioma paterno de la espía internacional. Y ciertamente, no sería en este idioma en el que ella tuviese dificultades para leer las palabras en los labios de Dekobra. La lástima era que no los podía ver muy bien, pues el auricular los ocultaba en parte.

Pero lo básico de la conversación quedó entendido. Al menos, Monique Lafrance creyó entenderlo: Dekobra decía al otro que le esperaba en su habitación, la 22, dentro de cinco minutos, para un asunto importantísimo.

Sin esperar a más, Monique se puso en pie, y abandonó rápidamente la terraza. Subió a su habitación a una velocidad que no parecía necesaria allí, entró, abrió el armario, sacó el maletín, y del doble fondo de éste tomó un pequeño micrófono; luego, alzó el lomo de plata del cepillo para la ropa, y eligió rápidamente una de las ganzúas que había allí. Dejándolo todo tal como estaba, y sin perder de vista su relojito, salió de la habitación, y bajó al piso inferior, localizó la habitación 22, y, con la ganzúa, abrió la puerta en menos de cinco segundos. Entró, echó un vistazo alrededor…, y

se decidió por uno de los cuadros que había en la pared de la derecha. Lo alzó un poco, metió detrás el micrófono, volvió a colocar el cuadro sujetando el micrófono hasta que estuvo segura de que no caería, y corrió hacia la puerta. Salió, cerró, se volvió, corrió hacia las escaleras…

Estaba a mitad del tramo, siempre mirando hacia abajo, cuando vio aparecer la cabeza del llamado Dekobra. Se echó hacia la izquierda, y continuó subiendo a toda prisa, sin producir el menor ruido.

Cuando segundos después cerraba tras ella la puerta de su habitación, se apoyó en la madera, lanzando un profundo suspiro de alivio.

Zambomba, como diría Frankie… ¡Si tardo cinco segundos más, ese hombre me habría visto saliendo de su habitación!

Fue a donde estaba el maletín, sacó lo que parecía una radio a transistores, y con ella en la mano fue a sentarse en un silloncito, cerca de la cama. Movió el dial, y pareció que el pequeño aparato se llenase de aire… La dimensión de un contenido se había hecho mucho más grande, al recibir los sonidos del cuarto de Dekobra.

Pero no se oía nada. Sólo esa mayor amplitud de espacio, esa sensación, más que sonido…

La llamada a la puerta se oyó poco después. Y el sonido del pestillo. Y la voz, en alemán:

—Pase, herr Schiller.

—¿Qué desea usted de mí? No le conozco…

—John Dekobra. También estoy en Chamonix por el asunto de los brillantes.

—¿Qué brillantes? ¿De qué me habla usted?

—Por favor, pase. Gracias… ¿Quiere sentarse?

—No. Dígame qué quiere usted.

—Si va a insistir en negar su conocimiento de esa partida de diamantes, la conversación puede terminar ahora mismo, herr Schiller. Si en cambio, admite lo que ambos sabemos muy bien, quizá podamos ahorrarnos un millón de dólares cada uno. ¿Le interesa?

—Sí.

—De acuerdo. ¿Le ha ofrecido Otto Sudenhorst seis millones de dólares en brillantes?

—Hemos hablado de brillantes, y de una cantidad más o menos parecida, pero no me ha asegurado que pueda conseguirlos.

—Eso es porque aún no sabe si yo se los compraré. Sólo si yo no se los compro, le dirá a usted que sí, que los ha conseguido, y que los tiene en venta.

—Entiendo… Y no me gusta que me hagan viajar para hacer esta clase de jugadas.

—Usted no ha sido el único. Hay un francés, llamado La Bruyére, que llegó creo que incluso antes que yo, y que está instalado en una casita en el límite de Chamonix. Luego, un árabe, el hijo de un jeque, que se dedica a divertirse a lo bestia; se llama Aktal Nuwas, y aunque su situación actual es deficitaria, no me sorprendería que convenciese a su padre para que le facilitase dinero para esos brillantes…, que pueden ser vendidos quizá por diez millones de dólares. Puede que Sudenhorst haya llamado a más gente, pero ya no conozco a nadie más.

—Está bien. ¿Qué tiene usted que proponerme? —Mire, herr Schiller… Tanto usted como yo somos empleados de gente importante de Amsterdam, que son los que tienen el dinero, los que pagan. Nosotros servimos de enlaces, y nuestra comisión no creo que nos haga millonarios…

—Vaya directo al asunto, por favor.

—Muy bien. No se trata de engañar a nuestros respectivos jefes, sino de sacar partido de la situación. Otto Sudenhorst quiere vender esos brillantes por seis millones de dólares, pero… está empezando a impacientarse. Tiene prisa por conseguir el dinero, ignoro por qué. Tanta prisa, que tengo la impresión de que bajaría el precio si le facilitásemos el dinero inmediatamente. Yo le ofrecería cuatro millones, no seis, y podría pagárselos en seguida. Pero, si hago eso, él va a ir a hacerle la oferta a usted inmediatamente…

—¿Por qué no a los otros dos?

—No. El francés, aunque está en su país y eso facilita la operación aquí, se vería en dificultades para conseguir buenos contactos en Amsterdam.

—Si ya le han enviado joyeros de allá, no veo las dificultades por ningún lado.

—No. La Bruyére trabaja para París. Pero su casa de París es un filial de una de Amsterdam. Y la filial querrá hacer negocio

actuando como intermediaria. La Bruyére también querrá hacer negocio personalmente. Es decir, que mientras unos y otros van haciendo su juego, el tiempo irá pasando, y eso no le interesa a Sudenhorst. En cuanto al árabe, me parece que Otto Sudenhorst lo tiene como último recurso. A menos que pueda vender esos brillantes a algunos de sus conocidos millonarios, que seguramente no querrán complicarse la vida, Sudenhorst va a verse en dificultades, debido a su prisa, si nosotros rechazamos su oferta. Por el momento, siempre contando con la prisa que tiene Sudenhorst, nosotros somos los candidatos ideales para él.

—¿Qué pretende usted que yo haga?

—Yo voy a ofrecerle cuatro millones. Inmediatamente, lo sé, él le llamará a usted. Ofrézcale también cuatro millones. Ni un dólar más. Necesita el dinero con urgencia, así que tendrá que aceptar. Venderá los brillantes a usted o a mí, no importa. Nosotros compramos por cuatro lo que vale seis, y nos lo repartimos: tres millones en brillantes para usted, y tres para mí. Al regresar a Amsterdam, decimos que la partida era menor de lo que nos había dicho, y que en lugar de haber seis millones de dólares en brillantes, hay tres. Entregamos los brillantes a nuestros jefes, y el dinero sobrante… Naturalmente, diciendo que los brillantes nos han costado tres millones de dólares. Pero como solamente nos habrán costado dos millones, usted y yo, cada uno, nos embolsamos un millón de dólares neto.

—Es muy arriesgado… Si se enteran…

—Nosotros no vamos a engañar a nuestros jefes, Schiller. Sólo sacamos partido de la urgente necesidad de dinero que tiene Sudenhorst. Piénselo bien: podemos ganar un millón de dólares cada uno, si nos ponemos de acuerdo… ¡Demonios, entiéndalo, es un millón de dólares!

—No sé… Tendría que pensarlo, herr Dekobra.

—¡Pero hombre…! ¿Qué es lo que tiene que pensar? ¡Mañana puede tener un millón de dólares suyo!

—Lo pensaré, de veras.

—Está bien… ¿Cuándo me dará su respuesta?

—No lo sé. Cuando haya decidido algo, le buscaré.

—Espero que su decisión no sea equivocada, Schiller.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no me gustaría que usted le fuese con esta información a Otto Sudenhorst.

—¿Me amenaza?

—Pues… no. Pero yo de usted, ante la posibilidad de ganar un millón de dólares sin que nadie pudiese importunarme luego, no me complicaría más la vida.

—Le diré algo cuando tome una decisión. Adiós.

—Adiós, herr Schiller…

Se oyó el chasquido de la puerta al ser cerrada. Luego nada.

Monique Lafrance estuvo esperando un par de minutos, por si el astutísimo John Dekobra tenía alguna otra jugada que requería una llamada telefónica, pero no; no recurrió al teléfono. Y estaba ya a punto de cerrar el receptor cuando oyó cerrarse de nuevo la puerta. Al parecer, John Dekobra iba a almorzar.

La divina espía estaba un tanto desorientada, y, en el fondo, divertida por la astucia del comprador de brillantes de nacionalidad inglesa. Todavía dedicó tres minutos más a llegar a una conclusión: todo aquello, a ella no le importaba lo más mínimo. Su objetivo era Otto Sudenhorst y los brillantes. Las pequeñas trapacerías de gente como Dekobra y Schiller la tenían sin cuidado.

—Simplemente —decidió— he perdido el tiempo con todo esto. ¿De qué puede servirme a mí o a mis propósitos conocer a gente como Dekobra, Schiller, La Bruyére o ese joven árabe…?

Capítulo IV

—¿Me permite?

Monique Lafrance alzó la mirada, dejando de contemplar el bonito fuego de la gran chimenea del salón. Junto a ella estaba el británico John Dekobra, sonriéndole con gran cortesía y evidentes deseos de conversar.

Se sintió profundamente fastidiada, pero a cortesía no iba a ganarla un vulgar pícaro.

—Por supuesto, monsieur.

Dekobra se sentó en otro sillón, muy cercano. Monique tomó su copa de coñac y bebió un sorbito, mientras su mirada regresaba al fuego. Se estaba muy bien allí. Era un ambiente grato, muy adecuado para pensar, para reflexionar sobre la acción que convenía emprender para solucionar el asunto. Tenía que actuar antes de que Otto Sudenhorst vendiese los brillantes a Dekobra o a Schiller, pues le parecía casi humillante tener que ir más tarde a arrebatarles unos cuantos brillantes a dos personajes de tan escasa importancia. Esto aparte de que ellos no tenían culpa alguna de las canalladas de Otto Sudenhorst. Por otro lado, la idea de penetrar en la villa del alemán no acababa de gustarle. Y finalmente, estaba el hecho de que había visto a Sudenhorst, pero no a sus amigos Lucien y Hughes. Y por nada del mundo se iba a marchar de Chamonix sin haber matado a los tres, no a uno sólo.

Lo malo, realmente, estaba en los brillantes. Si prescindiese de ellos, si actuase directamente sobre aquellos tres hombres, no habría complicaciones: podía esperar a que estuviesen los tres juntos, y dispararles una de sus pequeñas granadas incendiarias. En pocos segundos quedarían convertidos en cenizas. En cuanto a los brillantes, no le interesaban por los brillantes en sí, ni por complacer a la CIA, sino porque eran algo que la Sección «Pax», que ella pretendía poner en marcha primero en Sudamérica y luego

paulatinamente en todo el mundo, los había considerado suyos. Les habían sido arrebatados a dos hombres de la Sección «Pax», y, como primera providencia, convenía dejar bien sentado que *nadie* podía atacar a los hombres de la Sección «Pax» y no pagar luego muy dolorosamente las consecuencias.

En cuanto a…

—Es hermoso el fuego, ¿verdad?

Miró a Dekobra, que había hecho la observación, mirándola con cierta expectación. Hacía rato que habían almorzado, y la señorita Lafrance, había optado por recluirse en el tranquilo rincón del salón, donde había tomado café, y se dedicaba ahora a paladear el excelente coñac francés, mientras buscaba su sistema de ataque.

—Sí… Muy hermoso.

—Supongo que es común a todo el mundo sentir una sensación… de hogar, de seguridad, al contemplar un fuego como éste. ¿No le ocurre así, señorita?

La mente de la señorita Lafrance dio un tremendo salto, hacia el invierno pasado, en un gran salón de la villa de Malta… Había allí una gran chimenea, y ninguna otra clase de luz. En el aire, las notas de una sonata… y su mejilla apoyada en el pecho de Número Uno.

—Sí, suele ocurrirme, en efecto.

—Me llamo John Dekobra. Inglés. ¿La estoy molestando?

—No en exceso.

John Dekobra sonrió a estilo playboy.

—La vi antes, en la terraza… A la hora del aperitivo. Y la he estado… observando durante el almuerzo. Mucho me temo que he estado portándome un tanto indiscretamente.

—No me he dado cuenta.

—Sin embargo —amplió su sonrisa el británico—, le preguntó usted al camarero por mí.

—Me pareció un hombre interesante.

—Ah…

—Pero eso fue a la hora del aperitivo.

—Vaya… ¿Ya no le parezco interesante?

—Es usted atractivo —sonrió por fin Monique—. Pero eso no significa gran cosa generalmente. He conocido hombres mucho más atractivos que usted, que en cuanto de oían una sola palabra perdían todo su… encanto.

—¿Este es mi caso? —alzó las cejas Dekobra.

—No puedo juzgar a un hombre por una conversación como ésta, de simple… contacto, monsieur.

—¿Qué clase de conversación sería necesaria? Es posible que pueda adaptarme a ella. Por favor, dígame de qué le gustaría hablar. Quizá yo podría… Perdón. ¿Me disculpa?

Un camarero se había acercado y hacía discretas señas a Dekobra, que se incorporó a medias en el sillón. La sonrisa de Monique expresó bien claramente que estaba disculpadísimo, y el británico se acercó, un tanto irritado, al camarero. Estuvieron hablando unos segundos, Dekobra asintió con un gesto, el camarero se retiró, y él volvió ante Monique Lafrance.

—Tengo una llamada de negocios que debo atender en mi habitación. ¿Puedo confiar en encontrarla aquí dentro de tres minutos?

—No sé dónde estaré dentro de tres minutos, monsieur. Por el momento, precisamente, estaba pensando en subir a mi habitación.

—¿Me permite que la acompañe?

Monique Lafrance ni siquiera contestó. Se puso en pie, y se dirigió a la salida del salón, tan íntimo y acogedor. Afuera, por el gran ventanal flanqueado de rojas cortinas, se veía la claridad lechosa de la tarde. El sol había quedado oculto por nubes que amenazaban nieve.

—¿Conoce Chamonix? —preguntó él.

—No demasiado.

—Yo he venido en varias ocasiones. Es un lugar… algo especial.

—¿Especial? ¿En qué?

—Resulta un tanto difícil de explicar: uno se siente un poco… abandonado, perdido, amenazado. Es una percepción quizá un tanto sutil, determinada por la riqueza. Hay lugares en los que uno se siente a gusto con unos cientos de francos. En Chamonix, el confort y el agrado siempre son caros. Muy caros.

—No tiene usted el aspecto de un hombre que se preocupe por el dinero, monsieur.

—No se trata sólo de dinero. Ya le digo que es una percepción sutil… Se siente uno desplazado, porque los demás lo ignoran; uno siente que no es nada, que no es nadie… Me parece que no me estoy explicando muy bien.

—Sin embargo, le entiendo. El ascensor se ha parado, monsieur.

—Ah, sí… Lamento mucho esta interrupción. ¿Puedo confiar en volver a verla más tarde?

—Salvo que se quede ciego, me verá: pienso permanecer en el hotel algunos días.

—¿Está sola?

—Completamente sola. Pero no triste.

John Dekobra rió quedamente. Resultaba casi simpático, en realidad.

—Detesto la tristeza. Quizá dentro de un rato podríamos tomar una copa de champaña en el salón, ante el fuego. Es uno de los pequeños placeres que sólo comprenden las personas de mentalidad desarrollada. ¿Le gusta el champaña?

—Adoro el champaña. *Au revoir, monsieur*.

—*Au revoir, madeimoselle Lafrance*.

John Dekobra salió del ascensor, y cerró las puertas. Monique Lafrance pulsó el botón del piso tercero, y en cuanto llegó allí salió disparada hacia su habitación. Pocos segundos después estaba a la escucha de la conversación que sostenía Dekobra con su comunicante. Era Dekobra quien hablaba en aquel momento:

—… su jugada Sudenhorst.

—…

—Pues a mí me parece una jugada poco leal por su parte. Quedamos en que iba a esperar treinta y tres horas, y sólo han pasado cinco y pico.

—Está bien. Supongo que no tengo más remedio que comprender su actitud. Pero no me gusta su juego. Le recuerdo que su primer ofertante soy yo.

—…

—De acuerdo. Hablaremos luego…

—…

—Por supuesto que pienso acudir a esa «pequeña» fiesta de su villa, Sudenhorst. Nunca he sido de los que dejan el campo libre a los adversarios.

—…

—Sí, de acuerdo. Hasta las ocho. Adiós.

Se oyó el chasquido del auricular al ser colgado. Luego, hubo unos segundos de silencio. Y por fin, se oyó de nuevo la voz de John

Dekobra:

—¿Quiere ponerme con herr Schiller, por favor? Si, naturalmente, está en el hotel.

—…

—¿Schiller? Soy Dekobra. Adivine la jugada: Otto Sudenhorst da una fiesta esta noche en su villa, y me ha invitado…

—…

—Ah… ¿También a usted? Bueno, lo suponía, realmente. Cada vez tiene más prisa. Me consta que ha invitado a todos los demás posibles clientes para la mercancía que tiene en venta. ¿Ha tomado usted alguna decisión sobre mi propuesta?

—…

—Magnífico. Podemos… ¿Qué?

—…

—Bueno, no hay gran cosa más que hablar. Usted ya sabe a qué atenerse. Si está de acuerdo conmigo, son innecesarias más explicaciones.

—…

—Estupendo. Estamos de acuerdo, entonces. Hasta luego, Schiller. Nos veremos en la villa de su compatriota. Adiós.

«Clic», se oyó el sonido del auricular al colgar. Y la señorita Lafrance permaneció a la escucha, sin más resultado. John Dekobra, al parecer, ya no tenía nada más que hablar con nadie. Al menos por teléfono. Muy poco después, se oía el golpe de la puerta de la habitación al ser cerrada.

Monique cerró el receptor, se puso en pie, y fue al cuarto de baño. Se miró al espejo, y sonrió fríamente.

—Querida, me parece que puedes ir a una fiesta esta noche, por poco que te lo propongas… Y te lo vas a proponer mucho.

Se cambió de ropa, poniéndose un precioso conjunto de tarde, de color dorado. Estuvo tentada de maquillarse un poco, pero desistió. Ya se maquillaría adecuadamente aquella noche, para la fiesta.

—Santo cielo —le dijo a la bellísima imagen del espejo—, cada día tengo más suerte en todo. Tengo la oportunidad de entrar en esa villa, de verlo todo, de examinar a la gente que hay allí, sus sistemas de seguridad… Ni siquiera me sorprendería que esta misma noche terminase este asunto.

Cinco minutos más tarde aparecía en el salón. John Dekobra estaba en el mismo sillón de antes. Se puso de pie al verla, y se apresuró a acercarse.

—No quisiera ser vulgar —murmuró—, pero es usted…

—Por favor, no lo diga. Sería vulgar, en efecto.

—Bien… No lo digo. ¿Me acepta la copa de champaña?

—La verdad es que tenía intenciones de dar un paseo… Ayer llegué muy cansada, y no pude dedicarme a conocer la vida nocturna de Chamonix, así que esta noche me gustaría salir…, si encuentro un lugar que me parezca agradable.

—¿Puedo ofrecerle mi coche?

—Ya tengo coche.

—¿También tiene chófer?

—No —rió Monique—. ¡Eso no!

—Le ofrezco mi coche y mis servicios como chófer. Por favor, piénselo bien antes de decir «no».

—No pensaba decir «no» —sonrió ella dulcemente—. Lo cierto es que tenía la esperanza de que usted se ofreciese a acompañarme, monsieur Dekobra.

—¡Maravilloso! ¿Tiene la noche ocupada?

Monique Lafrance miró vivamente al inglés.

—Monsieur Dekobra…

—Perdón… Perdón, perdón, perdón… Ha sido una expresión desafortunada. Veamos si lo digo mejor ahora: ¿aceptaría acompañarme a una fiesta que dan en la villa de un buen amigo? Lo mejor de lo mejor.

—Pues… Bueno, no sé si voy vestida adecuadamente para esa fiesta que…

—Es por la noche. A las ocho. Tenemos tiempo de dar un paseo, y venir al hotel a cambiarnos. ¿Qué me contesta?

—Bueno… Esto es tan inesperado…

—Oh, vamos, señorita Lafrance… Es cierto que me estoy volviendo loco por usted, pero soy un hombre serio, y no pienso llevarla a un lugar que usted pudiese reprocharme.

—¡Acepto! —rió deliciosamente Monique—. Y le aseguro que jamás se me habría ocurrido pensar que usted no fuese un caballero.

Capítulo V

A las ocho en punto llegaron a la villa de Otto Sudenhorst, en el «Mercedes» de John Dekobra. El cual, por cierto, todavía no había salido de su estupefacción… Múltiple estupefacción. En primer lugar, aquella tarde, con toda la naturalidad del mundo, la señorita Lafrance había comprado un abrigo de pieles de veinte mil francos; en segundo lugar, habían quedado citados a las ocho menos cuarto, y a esa hora, cuando Dekobra llegó a buscarla a su habitación con una flor, la señorita Lafrance estaba completamente arreglada y esperándole, sin retraso alguno; en tercer lugar, la mayor estupefacción de todas, la belleza de Monique Lafrance, visible por demás, parecía incluso irreal con aquel vestido de noche negro cuyo escote parecía precisar climas más templados que el de Chamonix.

Una mujer puntual, hermosísima, y que podía gastarse veinte mil francos sin pestañear, como quien compra un estuche de cerillas porque se ha olvidado el encendedor. Increíble…, y fascinante. Además de, quizá, muy prometedor para el atractivo Dekobra, que empezaba a pensar que su suerte iba a ser definitiva y formidable en aquel viaje…

—¿Es aquí?

—¿Eh…? Oh, sí.

—Parece usted distraído, John.

—¿Distraído? Estoy atónito… ¿De verdad no es usted un sueño?

—¿Quiere decir una pesadilla?

—¡No! —casi gritó el inglés—. Un sueño… Un sueño maravilloso, Monique.

—Es usted muy amable, John. Bueno… Si hemos llegado, supongo que tendremos que entrar en la casa, ¿no?

—Sí, claro…

Dekobra salió del coche, y llegó al otro lado, para abrirle la portezuela a Monique cuando ya uno de los criados lo estaba

haciendo. La tomó del brazo, y el criado se llevó el coche al estacionamiento, donde ya había varios, bien colocados, en la zona sombreada del jardín, a un lado de la fastuosa casa, llena de luces por todas partes.

En el vestíbulo, Otto Sudenhorst estaba atendiendo la llegada de sus invitados, y, al ver a la acompañante de John Dekobra sus miopes ojos se entornaron, casi desapareciendo tras los gruesos cristales.

—Ah, señor Dekobra —se acercó, tendiendo la mano—. Sea bien venido.

—¿Qué tal. Sudenhorst? Permítame presentarle a la señorita Lafrance… Es una famosa periodista de modas, que tiene una importante sección en el París Soir.

—Es un auténtico placer —sonrió Sudenhorst, tomando la mano que le tendía Monique, para hacer el gesto de besarla—. Le estoy muy agradecido al señor Dekobra, señorita Lafrance.

La divina espía, que de buena gana habría retorcido el brazo de aquel hombre hacia la espalda, para rompérselo por varios puntos, consiguió sonreír magistralmente encantadora.

—¿Perdón, herr Sudenhorst…?

—Quiero decir que esperaba al señor Dekobra solo, y me ha traído una auténtica obra de Arte de la Naturaleza.

—Gracias —rió Monique—. Es usted muy gentil, herr Sudenhorst. Espero que realmente, mi presencia, por inesperada, no resulte molesta.

—¡Por supuesto que no! Les ruego a ambos que se consideren en su casa. El señor Dekobra ya la conoce…, y creo que conoce a algunos de los invitados. Por favor, páseno tan bien que nunca olviden mi invitación.

—Estoy segura de que no la olvidaremos —sonrió Monique.

—Nos veremos luego, Sudenhorst —dijo Dekobra—. Usted tiene que recibir a otros invitados, supongo.

—Sí… Hasta luego. A sus pies, señorita Lafrance.

La señorita Lafrance volvió a sonreír, y se tomó del brazo de Dekobra. Llegaron al salón, donde hubo unos segundos de silencio al hacer ellos su aparición. Un silencio total, completísimo, pues la señorita Lafrance había dejado ya su abrigo en manos de otro criado, y resplandecía con una belleza tal que seguramente hasta los

corazones dejaron de funcionar. Los femeninos, de envidia, de consternación. Los masculinos, de admiración sin límites.

Fue un momento de silencio, nada más, pero todo el mundo se dio cuenta de él, y en seguida las conversaciones se reanudaron, aunque todas las miradas continuaron fijas en la recién llegada. John Dekobra apenas podía contener su sonrisa de satisfacción, de orgullo.

Y pudo permitirse ya exponer su sonrisa cuando el hombre alto, recio, fuerte, que ya no llevaba el gorrito de lana de colores, llegó casi corriendo ante ellos.

—Señor Dekobra —tendió la mano—. ¿Qué tal?

—Maravillosamente —aseguró Dekobra—. Herr Schiller, permítame presentarle a la señorita Lafrance.

—La conozco —sonrió Walter Schiller, inclinándose—. La he visto en el hotel. Pero no sabía su nombre. Encantado, señorita Lafrance. ¿Habla usted alemán?

Monique pareció desconcertada.

—¿Alemán? No… Claro que no.

—Sólo era para saber si usted iba a entender esto que tengo que decirle al señor Dekobra —dijo Schiller, en alemán—: él ya me ha sugerido la posibilidad de proporcionarme esta noche los brillantes, Dekobra.

Éste se limitó a parpadear, aceptando la información. Monique miraba sorprendidísima a Schiller.

—No —movió la cabeza—. No he entendido nada, herr Schiller. Pero supongo que me ha dicho usted algún famoso verso en alemán sobre la belleza femenina.

—En efecto —sonrió Schiller, hablando de nuevo en francés—. Me hubiese gustado decírselo en francés, pero hay palabras que sólo pueden ser pronunciadas en el idioma en que fueron creadas.

—Oh, sí… Estoy segura de ello. Sin embargo, debe haber alguna traducción aceptable de esos versos, ¿no le parece? Y la verdad —sonrió con coquetería—, me gustaría oír esa traducción.

—Pues… Bueno, más o menos he venido a decir que… que la noche permite captar mejor la fragancia de las flores. Espero que le guste.

—Precioso… Precioso, herr Schiller. ¿Es usted poeta?

—No exactamente —rió el alemán—. Dígame una cosa: ¿cómo

ha podido conseguir Dekobra su compañía?

—De un modo muy sencillo: invitándome.

—¿De veras? En cuanto la vi, yo también pensé que sería agradable contar con su compañía, pero… No sé. Me pareció usted tan lejana como una estrella.

—Herr Schiller —sonrió expresivamente Dekobra—, ya le dije que hay que ser decidido. Para los indecisos, sólo quedan los restos, lo que otros no han querido. Para los decididos, siempre cuentan los primeros premios.

—No tengo más remedio que estar de acuerdo *en todo* con usted —asintió Schiller—. Daría dos millones de dólares por haber sido más decidido.

Dekobra entendió perfectamente el acuerdo, y por supuesto, no fue menos perceptiva Monique Lafrance, pero ésta siguió la conversación en su sentido superficial.

—¿Dos millones de dólares? —se maravilló—. ¿Está hablando en serio, herr Schiller?

—Oh, sí… ¡Naturalmente!

La bellísima criatura miró con ojos maravillados a John Dekobra.

—John, hagamos un trato entre nosotros: déjeme como pareja del generoso herr Schiller por esta noche, cóbrele dos millones de dólares, y luego me obsequia uno a mí… Y mañana lo celebramos los dos, usted y yo.

Los dos hombres se echaron a reír, encantadísimos del humor chispeante de Monique…, que estaba mirando ya hacía unos segundos con muy discreta atención al muy moreno joven personaje que, solo ante el bufete, con una copa en la mano, la miraba con ojos que parecían lanzar llamaradas. Ojos grandes, saltones, enrojecidos…

—Ese es Aktal Nuwas —murmuró Dekobra, que tuvo que darse cuenta de la atención de Monique—. Un joven disipado, más bien estúpido, hijo de un rico jeque del Golfo Pérsico.

—¿Petróleo? —inquirió Monique.

—Sí, claro… Petróleo.

—En ese caso, el disipado joven debe ser riquísimo —la maravillosa criatura sonrió angelicalmente—. Y si tan rico es, quizá ofrezca más de dos millones de dólares.

—Lo único que va a conseguir ese muchacho —dijo un tanto secamente Dekobra— es que le rompa sus grandes narices si continúa mirándola a usted de ese modo.

—Cuidado —dijo amablemente Schiller—. Nuestro anfitrión, el generoso herr Sudenhorst, parece tenerlo en gran estima, Dekobra.

—Entendido… Sí, entendido.

—Además, quizá ese joven de mirada ardiente encontrase ayuda para proteger sus grandes narices —sonrió Monique—: hay otro árabe que también nos está mirando, John. ¡Por favor, no se vuelva!

—¿Qué otro árabe? —musitó Dekobra, inquieto.

—Está en el rincón de la izquierda detrás de usted, en un sillón, solo. Estoy desencantada… Ya que son árabes, podrían vestir con chilabas, o algo así, ¿no le parece? Y en cambio, se presentan aquí en esmoquin, tan correctos, con tanta naturalidad… El mundo está perdiendo su encanto. ¿No opina así, herr Schiller?

—Supongo que sería más exótico que los invitados árabes vistiesen a la moda de su país —admitió Schiller—, pero ya sabe lo que pasa: un día se encuentran rodeados de millones, se vienen a Europa, y casi se puede decir que la descubren…, y que consideran que pueden comprarla con su dinero.

—Menos mal que Europa no está en venta —rió Monique—. Bueno, eso espero.

Dekobra y Schiller rieron de nuevo, mientras el primero se las arreglaba con toda naturalidad para volverse hacia el rincón indicado. Y en el acto, se tranquilizó, aunque no del todo. Aquel árabe, de unos cuarenta años, de hombros anchos y mirada fija, no podía ser el padre de Aktal Nuwas, pero sí podría ser un enviado… portador de seis millones de dólares.

—¿Le conoce? —preguntó Schiller.

—No. Nunca le había visto por aquí… Pero ahí llega uno de los buenos amigos de Sudenhorst: es francés, y se llama La Bruyére.

Monique miró hacia la entrada del salón, incluso más discretamente que Schiller, y se llevó una grata sorpresa al ver al francés que, al parecer, también quería comprarle los brillantes a Otto Sudenhorst. No debía tener ni siquiera treinta años, era alto, muy apuesto, elegante, con una sonrisa de buen muchacho encantador y mundano. Tenía clase, y resultaba extraordinariamente atractivo y simpático…

En aquel momento, La Bruyére la vio a ella, y se quedó como si de pronto sus pies hubiesen quedado clavados al suelo, casi tambaleándose. Sus hermosos ojos se abrieron mucho, luego parpadeó, movió la cabeza… Estaba turulato, eso era todo.

Inmediatamente, reaccionó. Fue al bufete, colocó unas copas de champaña en una bandeja, y se acercó al grupito formado por Monique, Dekobra y Schiller.

—¿Champaña, señorita? —ofreció.

—Sí, gracias —aceptó ella, sonriendo.

—¿Conoce usted algún mago?

—¿Un mago? —se desconcertó Monique—. Pues no sé… No.

—Lástima. Me gustaría que lo llamase, para que me convirtiera en burbuja… de champaña, por supuesto. Una de las burbujas de esa copa. ¿Qué tal, míster Dekobra?

Dekobra había fruncido el ceño, y casi respingó al oír su nombre en labios del francés, mientras Monique soltaba una carcajada.

—¿Me conoce usted? —mascculló Dekobra.

—Me parece que todos, o casi todos, nos conocemos muy bien en esta fiesta del querido Otto. ¿No es así, herr Schiller?

—¿También a mí me conoce? —pareció molesto el alemán.

—Sí. A quien no conozco es a la señorita. Pero ante todo debo presentarme yo, permítame: Jean Jacques La Bruyére Chateau Vielleville… Su más rendido admirador.

—Gracias —rió de nuevo Monique—. ¡Tiene usted un nombre muy largo para un camarero, monsieur! ¿Cómo podemos llamarle cuando necesitemos más champaña?

La Bruyére rió, y pareció un niño simpatiquísimo.

Llámeme Jeja. De Jean Jacques, ¿sabe? Espero que le guste, señorita… señorita…

—Monique. Monique Lafrance. Puede usted llamarme Mola… De Monique Lafrance, ¿sabe?

Jean Jacques La Bruyére Chateau Vielleville lanzó una sonora carcajada, hizo una seña a un auténtico camarero, y puso en sus manos la bandeja, quedándose una copa en la mano izquierda. Con la derecha, tomó del brazo a Monique, con toda naturalidad.

—Madeimoselle Mola, permítame que…

—Oiga, La Bruyére… —le sujetó Dekobra de un brazo.

—Diga, míster Dekobra.

—Me temo que está usted buscando complicaciones.

—*Mais non, monsieur…!* Ocurre que he visto a herr Sudenhorst con evidentes deseos de conversar con usted, y me ha parecido que no debíamos dejar desatendida a la señorita Lafrance… No he pretendido molestar a nadie, de veras.

Dekobra miró hacia la entrada del salón, y, en efecto, vio a Otto Sudenhorst mirándole fijamente.

—Mmm… Bien… ¿Puede disculparme un par de minutos, Monique?

—Naturalmente, John.

—Gracias. Vuelvo en seguida.

Se alejó, y La Bruyére tiró suavemente del brazo de Monique, que protestó:

—Pero no podemos dejar aquí solo a herr Schiller…

—Oh, Herr Schiller está aguardando turno para hablar con herr Sudenhorst. En realidad, esta fiesta es un pequeño pretexto de herr Sudenhorst para reunir a sus posibles compradores. Yo diría que está deseando vender, a toda prisa, y no tengo la menor duda de que en esta velada quedará decidido quién se queda con la mercancía. ¿No lo cree usted también así, Herr Schiller?

Éste apretó los labios, inclinó la cabeza ante Monique, y se alejó. La divina criatura parecía desconcertada en verdad.

—No me parece elegante aprovechar una fiesta como esta para vender cosas —dijo—. ¿Qué vende herr Sudenhorst?

—¿No lo sabe usted? —sonrió maliciosamente La Bruyére.

—Claro que no.

—Sin embargo, ha venido con John Dekobra.

—Ha sido una casualidad. Estamos en el mismo hotel, nos hemos conocido allí, me ha parecido simpático…, y cuando me ha invitado a esta fiesta, me ha parecido interesante aceptar.

—*Ah… Mon Dieu, c'est terrible!* Entonces…, ¿no es usted… acompañante habitual de John Dekobra?

—Le he conocido hoy mismo.

—Mucho me temo que he dado un buen resbalón —reflexionó el simpático Jeja—. Pero no me arrepiento de ello, porque así me he atrevido a acercarme a usted. ¿Me permite que le ofrezca algún canapé? Caviar, paté, salmón… ¿Más champaña? ¿He dicho algo que no le guste?

Jean Jacques La Bruyére se quedó mirando atentamente a Monique Lafrance, porque, realmente, la expresión que vio en las facciones de ésta por un instante brevísimo, casi le sobresaltó.

—No —murmuró ella—. No, monsieur. A mí me gusta todo.

—Ah, magnífico. Por favor…

Caminaron hacia donde estaba el servicio de bebidas y canapés, mientras la agente Baby, de reojo, miraba a los dos hombres que acaban de entrar en el salón. Altos, fuertes, bien presentado con sus esmóquines, mirando con complacencia a todos lados, como si aquella fiesta con hermosas damas enjoyadas y elegantes caballeros fuese obra de ellos, una creación personalísima…

Quedaba demostrado que entre el hijo de Dámaso Arciniegas y el dibujante de la CIA habían hecho un trabajo excelente: aquellos dos hombres eran Lucien y Hughes.

Allí estaban. Los tres reunidos, en la misma fiesta… En una fiesta llena de personas adineradas, rodeados de lujo, de criados, de champaña francés, de caviar, salmón, paté y muchas cosas más, a cuál más exquisita…, mientras dos Simones habían sido ya enterrados, y un niño de nueve años se había quedado solo en el mundo.

La orquesta que había al fondo del salón comenzó a tocar, y Monique le dirigió una sombría mirada. Muy pronto, Otto Sudenhorst y sus amigos podrían escuchar una marcha fúnebre… en el Más Allá, interpretada exclusivamente para ellos…

—¿Señorita Lafrance?

—¿Eh?

—Le estaba diciendo —la contemplaba con curiosidad La Bruyére— que por lo que a mí respecta, podría vivir a base de una dieta exclusiva de caviar, y le preguntaba si le apetece.

—Sí… Sí, gracias, sí. Dígame, señor La Bruyére, ¿qué es lo que vende herr Sudenhorst?

—Estoy seguro de que John Dekobra la informará más detalladamente que yo. Obsérvele, con qué interés está conversando con nuestro anfitrión… ¿Más champaña?

—No en este momento… ¿Podría disculparme? Quisiera ir al tocador.

—La estaré esperando aquí como un soldado disciplinado.

Ella sonrió, y se alejó. Le preguntó a uno de los camareros, que

se dispuso a acompañarla hasta donde pudiese señalarle el tocador…

Mientras tanto Sudenhorst, que no dejaba de mirarla, cambió un instante el rumbo de la conversación para preguntar a John Dekobra:

—¿Y esa mujer?

—Cuestión personal. No tiene nada que ver en esto. Es una relación aparte, Sudenhorst.

—De acuerdo, pero…, ¿quién es?

—Ya se lo he dicho —alzó las cejas Dekobra—: una periodista francesa, que trabaja en la revista France Soir, al frente de la sección de Modas. De pronto, terminó el trabajo de presentación de modelos de primavera, y estaban tan cansada que decidió no esperar ni un segundo para venirse a descansar unos días a Chamonix. Eso es todo. Volvamos a los nuestro. Ya le he hecho mi última oferta por esos brillantes… ¿Qué contesta?

—Cuatro millones es muy poco.

—Como quiera. Pero no puedo pagar más.

—No sé… Tendré que consultarlo.

—¿Con Schiller? —sonrió secamente Dekobra.

—Quizá. En cuanto a esos cuatro millones…, ¿podría pagarlos esta misma noche?

—Sí. Siempre y cuando reciba los brillantes en el acto.

—Bien… Volveremos a charlar dentro de un rato, señor Dekobra. Disfrute de la fiesta.

Capítulo VI

—¿Está disfrutando de la fiesta señorita Lafrance?

—Mucho —sonrió Monique—. Mucho herr Sudenhorst.

—Lo celebro. Y me parece que no es usted la única…, ni tampoco la que más disfruta —Otto Sudenhorst paseó su corta mirada por el grupo que rodeaba a Monique Lafrance—. Estoy seguro de que mis invitados deben estar agradeciéndome más su presencia que el champaña, la música, el caviar… ¿No es cierto, caballeros?

Hubo un murmullo de aprobación, alguna risa. Delante de Monique Lafrance estaba en aquel momento el joven disipado Aktal Nuwas, que continuó con el juego:

—Veamos si yo aumento la oferta de los demás: un palacio de mármol rosa, rodeado de flores en cien kilómetros a la redonda, y lleno de esclavas, jilgueros y perlas.

—Pues no sé —rió Monique—. Me parece que no me gustaría vivir en un sitio así, monsieur Nuwas.

—¿No? ¿De veras? Yo se lo ofrezco de verdad. Una sola palabra de usted y mando construir ese palacio ahora mismo… ¿Por qué no le gusta?

—Porque no sabría qué hacer con las esclavas. Preferiría… un solo esclavo… de mi amor.

Hubo algunas risas, y John Dekobra, que había aceptado filosóficamente la situación de acompañante de la invitada más asediada, dijo:

—Eso demuestra una vez más la postura de las mujeres en el amor: son posesivas, egoístas, celosas, exclusivistas…

—La culpa es de los hombres.

Todas las miradas se volvieron hacia el que había hablado. El árabe de cuarenta años, ancho de hombros, fuerte, de fija mirada que parecía llena de sombras… y que, evidentemente, Dekobra

estaba seguro ya, no tenía nada que ver con Aktal Nuwas.

—¿De los hombres, señor Al Maari? —alzó las cejas Monique.

—Desde luego. Y concretamente, del hombre europeo y americano, que no han sabido mantener a la mujer en el sitio que le corresponde. La mujer debe estar…

—¡Un momento, un momento! —le interrumpió Monique—. ¿Está usted hablando de un harén, señor Al Maari?

—Naturalmente. La mujer debe ser, simplemente, un recreo para el hombre.

—¿Y qué debe ser el hombre para la mujer? —replicó la bellísima Monique.

—¡Buena pregunta! —rió La Bruyére, secundado por los demás invitados—. ¡Vamos, Al Maari, dele una respuesta a la señorita Lafrance!

—Mientras él se dedicaba a pensar en una respuesta que sea razonable —sonrió Monique—, ustedes van a perdonarme, caballeros. Madame Bernard: ¿sería tan amable de ocupar mi puesto en defensa de las mujeres a las que se les ofrecen palacios de mármol rosa…, y luego las dejan abandonadas, languideciendo, durante años y años y años…?

—Con muchísimo gusto, hijita, con muchísimo gusto —se sintió más importante madame Bernard—. Aunque no tengo su dialéctica, de modo que cuando regrese, quizá me hayan devorado.

—Procuraré volver muy pronto… —rió Monique.

Ya no necesitaba preguntar a nadie dónde estaba el tocador. Ni dónde estaban las demás dependencias que le interesaban de la casa, pues durante el primer viaje en pos del criado había tomado buena nota.

El momento no podía ser mejor: todo el mundo estaba en el salón, casi formando un grupo común de conversación, cosa no poco insólita en una reunión de tantos invitados…

La señorita Lafrance no fue, ciertamente, hacia el tocador, sino que, tras asegurarse de que se hallaba sola, desvió su marcha, hacia la puerta que, según sus cálculos, debía corresponder al despacho.

Estaba cerrada, pero con una horquilla bien camuflada hasta entonces en sus cabellos, no tardó ni diez segundos en abrirla. Entró, cerró, y se encontró a oscuras…, hasta que en pocos segundos sus ojos se acostumbraron a la leve claridad que llegaba

desde la ventana, que daba al jardín. Tenía más que suficiente.

Localizó la caja fuerte empotrada en menos de un minuto, vulgarmente oculta tras un cuadro, que se abría como la tapa de un libro. Lo dejó abierto, y se quedó mirando la caja, la solidísima tapa de acero. Con la punta del pulgar de la mano izquierda apretó el aro de la sortija que llevaba en el dedo anular de esa misma mano y que parecía un aguamarina. Una luz azulada salió de la piedra, como un delgado y recto relámpago, iluminando el disco y la marca de la caja fuerte. Luego, la agente Baby dirigió una mirada a su relojito de platino y brillantes, de esfera luminosa.

—Cinco minutos —se concedió—. Si en ese tiempo no lo consigo, tendré que volver allá y esperar otra ocasión.

Apretó una de sus orejitas contra el frío metal, mientras los finos dedos de su mano derecha tocaban el disco de la combinación, y comenzaban a moverlo… Clic… Clic, cli, cli… De cuando en cuando, muy ahogadas, llegaban algunas risas al despacho, impacientándola, pues le impedían escuchar debidamente…

Cuatro minutos.

Cuatro y medio.

Y todavía no se habían cumplido los cinco cuando Baby se irguió vivamente, se mordió los labios, vaciló… Con suavidad, tiró de la puerta…, que se abrió silenciosamente. La azulada luz de la sortija iluminó el interior. Y en el acto quedaron visibles los dos grandes paquetes, apretados en el fondo de la caja. Estaban hechos con papel basto y fuerte, y sujetos con simples cordeles. Sacó uno de ellos y lo apretó… Algo crujió dentro. Y era tan pesado…

Sacó el otro, tras depositar el primero en el suelo. Luego cerró la caja, cogió los dos paquetes y se acercó a la ventana. Daba al lado derecho de la casa, y la luz no llegaba allí de un modo directo; sólo como un resplandor en el que los arbustos ponían sombras…

Dejó los paquetes en el suelo de nuevo, abrió la ventana y se quitó los zapatos. Recogió los paquetes y, descalza, saltó al exterior, después de tirar ambos paquetes. Cayó suavemente sobre las puntas de los pies…

—No se mueva —oyó la voz junto a ella.

Giró y alzó la cabeza, y vio al hombre junto a ella. En una fracción de segundo comprendió que aquel hombre había visto u oído abrirse la ventana durante su paseo de vigilancia, y se había

colocado pegado a la pared, de modo que ella no había podido verlo… Pero eso no era importante.

Había dos cosas mucho más importantes. Una era la pistola que el hombre empuñaba. Dos, aquel hombre era Lucien Bouvier, uno de los asesinos.

—Usted es la amiga de Dekobra —dijo secamente Lucien—. Esto le va a divertir mucho a Otto: coja esos paquetes y camine hacia la entrada de la casa.

Brigitte Montfort, alias Monique Lafrance, alias Baby, recogió los paquetes y se incorporó, girando lentamente hacia Lucien Bouvier, que movió la pistola hacia la fachada de la casa.

—Vamos, vamos, camine. Ya verá qué divertido.

«Baby» comenzó a caminar…, pero ni siquiera llegó a dar el segundo paso. Al menos no lo dio hacia delante, sino de lado, girando de tal modo que quedó enfrentada a Lucien Bouvier. Éste no tuvo tiempo de nada… De nada. El descalzo pie derecho de la espía más peligrosa del mundo se hundió, en velocísimo y escalofriante impacto, entre sus ingles, provocando un dolor tan brutal, tan súbito en Lucien, que éste no pudo hacer más que emitir un ronco gemido, olvidarse de la pistola, que cayó al suelo, y llevar ambas manos al lugar golpeado, mientras caía hacia delante, encogido, blanco el rostro, desorbitados los ojos.

El *atemi* que siguió no fue menos escalofriante, aunque de apariencia más inofensiva. Sin embargo, llegó con toda exactitud al centro de su cabeza, en lo alto, al punto llamado tentó.

No hacía falta más. Cuando el puño de Baby golpeó en ese punto de su cabeza, Lucien Bouvier murió instantáneamente, fulminantemente. Llegó al suelo, de bruces, ya muerto.

Conteniendo la respiración todavía, Baby miró a todos lados, pero no halló más señales de peligro. Seguramente, aquel lado de la casa le había correspondido a Bouvier, en solitario. Se inclinó, lo asió por los sobacos y lo levantó verticalmente hasta que comprendió que ya podía cargárselo en los hombros. Lo hizo de lado, introduciendo su hombro derecho entre las piernas de Lucien Bouvier y balanceándolo luego hacia el otro hombro, como si fuera a efectuar un *kata guruma*. Pero no dio impulso a su torso para provocar el lanzamiento de aquel cuerpo, sino que se irguió sosteniéndolo a todo peso, sin que pareciese ni siquiera pensar en

que aquel hombre pesaba cerca de noventa kilos.

Y casi corrió hacia la espesura del jardín, distante diez o doce metros, cargada con el cadáver. Llegó allí, lo tiró sobre unas matas que lo absorbieron, efectuando, ahora sí, el *kata guruma*, y regresó a toda prisa a donde habían quedado los paquetes, que recogió rápidamente, y corrió con ellos de nuevo hacia la espesura, desplazándose luego entre ésta hacia donde estaban los coches.

Llegó allá, y miró hacia la casa. El criado que se había encargado de colocarlos en el estacionamiento estaba allí, fumando, y charlando con otro hombre. Era el chófer, el que había visto aquella mañana con los prismáticos, limpiando un coche delante del garaje…

Localizó el coche de John Dekobra, dejó los paquetes en el suelo, junto a una rueda trasera, y se deslizó por un lado, hacia el asiento del volante. Abrió la portezuela, se introdujo a medias, tomó las llaves y regresó. Abrió el maletero, metió dentro los dos paquetes, cerró y volvió a colocar las llaves en su sitio.

Luego, cada vez más de prisa, sin sentir en absoluto el frío de la noche que amenazaba nieve de un momento a otro, corrió hacia la ventana del despacho, entró en éste, recogió sus zapatos, fue a la puerta, la abrió, miró a ambos lados y salió al pasillo. Se puso los zapatos y se dirigió hacia el tocador…

Segundos después, sentada en un taburete forrado de piel, se contemplaba al espejo. En su frente habían unas diminutas gotitas de sudor. En cambio, su piel, tan generosamente mostrada, estaba helada… Se limpió el sudor con una toallita de papel, y se frotó los brazos y los hombros.

—Sólo espero que Dekobra acepte marcharse antes de que los demás noten la ausencia de Lucien y sospechen que algo ha ocurrido… Y espero también que esos paquetes contengan los diamantes.

Se estaba arreglando un poco el cabello cuando la puerta del tocador se abrió, y entraron dos de las damas invitadas a la fiesta. Una de ellas era precisamente la rolliza madame Bernard. La otra era una joven muy bonita, que había estado mirando a Monique Lafrance con cierto desdén.

—Hijita —exclamó madame Bernard—, es terrible… ¡No ha debido dejarnos solas con esos… esos seres egoístas! Venimos a

buscarla.

—¿Han perdido la lucha? —le sonrió Monique por medio del espejo.

—Es absurdo luchar contra los hombres —dijo la joven despectiva.

—Más absurdo es dejarse encerrar en un harén, ¿no le parece?

—Bueno…

—De todos modos, si a usted le gusta, tenemos entre los invitados a dos caballeros que pueden complacerla.

Madame Bernard soltó una risita, y se sentó junto a Monique, delante del gran espejo.

—En cuanto a mí concierne, los hombres me parecen adorables en todo momento —dijo—. Por supuesto, son egoístas y engreídos, pero hay que tomarlos o dejarlos. Y yo prefiero tomarlos.

Volvió a reír, contemplándose con cierta aprensión, pues se estaba comparando con Monique Lafrance.

—Esta conversación está desplazada en nuestros días —dijo la joven—. Ya no existen esa clase de problemas entre los dos sexos.

—Es verdad —admitió Monique—. El único problema que existe hoy día entre los dos sexos es, precisamente, la falta de amor.

—¿Cree que falta amor? ¡Oh, vamos…!

—Digamos que falta amor y sobra sexo. Lo ideal sería que hubiese tanto amor que llegase a faltar sexo.

—No sé si la entiendo, la verdad.

—Pues ya tiene algo en qué pensar —sonrió Monique—. Pero no se esfuerce demasiado: está feo que se desarrollen los músculos de la cabeza.

Madame Bernard rió una vez más, mientras Monique Lafrance salía del tocador. La dama se quedó mirando maliciosamente a la atractiva joven.

—Me parece, querida, que acaban de llamarla tonta.

—No voy a hacer caso a esa… mujer. Es odiosa.

—Si yo tuviese su edad —rió una vez más madame Bernard—, seguramente pensaría lo mismo. Pero a mis años, ver a una joven tan encantadora e inteligente como la señorita Lafrance es una auténtica delicia. Espero que Otto la siga invitando a sus fiestas…

Capítulo VII

Otto Sudenhorst se inclinó sobre la mano de Monique Lafrance.

—Ha sido un placer. De veras… Es la fiesta más animada que recuerdo en mucho tiempo en mi casa. Y no voy a negar que el noventa por ciento de este éxito se lo debo a usted, señorita Lafrance.

—Es usted muy amable, herr Sudenhorst.

Éste sonrió, pero, al mirar a John Dekobra, la sonrisa pareció congelarse en sus labios.

—Parece que las cosas le han salido bien, señor Dekobra.

—¿A qué se refiere? —pareció sorprenderse éste.

—Dos de mis posibles compradores no pueden de ninguna manera efectuar el pago esta noche. El otro no está dispuesto a pagar más de lo que usted ha ofrecido. Es una gran casualidad que le favorece.

—¿Eso quiere decir que acepta mi oferta? —sonrió John Dekobra.

—Usted ha comprendido muy bien que no tengo más remedio: serán cuatro. Siempre y cuando la transacción se realice esta misma noche.

—No tengo ningún inconveniente. Podemos cerrar el trato, dentro de una hora, en el bar del hotel. Estaré…

—¿Allí? ¿Por qué no aquí? Puede dejar a la señorita Lafrance en el hotel y volver.

—No —negó fríamente Dekobra—: estaré esperando en el bar del hotel, Sudenhorst.

—Como guste. Hasta luego, entonces. Señorita Lafrance…

La señorita Lafrance y el señor Dekobra salieron de la casa y fueron hacia el «Mercedes», mientras Otto Sudenhorst seguía despidiendo a sus invitados.

Cinco minutos más tarde, la fiesta había terminado.

Y Otto Sudenhorst, de pésimo humor, fue al salón, donde sólo quedaban los criados, recogiendo los servicios, y el árabe que opinaba que la mujer tenía que estar en un harén, simplemente. Su nombre era Abu Al Maari, árabe, ciertamente, y de acuerdo a esto, imposibilitado de ingerir alcohol. Sin embargo, con toda naturalidad, sostenía una copa de champaña en la mano, de la que bebió un sorbito cuando Sudenhorst se dejó caer en un sillón cercano.

Luego, preguntó:

—¿Habéis cerrado el trato?

—Sí.

—¿Cuatro?

—Cuatro. ¡Maldito sea ese británico, tiene que haber hecho alguna maniobra que…!

—Seguramente se ha puesto de acuerdo con Schiller. ¿Te va a pagar esta misma noche?

—Dentro de una hora tengo que ir a su hotel, a llevarle los brillantes y cobrar allí. No ha querido venir a cerrar el trato definitivamente aquí.

—Seguramente ha hecho bien —sonrió Al Maari—. ¿Nunca antes lo habías visto con esa mujer?

—Nunca.

Abu Al Maari entornó los ojos, y su mirada quedó perdida, absorta, mientras susurraba:

—Es una lástima que yo tenga que marcharme en seguida con el dinero… Me gustaría convencer a la señorita Lafrance de algunas de mis teorías.

—¡Al demonio con las mujeres!

—No estoy de acuerdo contigo —rió Abu.

—Escucha, yo me he jugado el pellejo en esta operación. Fue casualidad que uno de mis amigos de América del Sur a los que en ocasiones he proporcionado armas se enterase de ese asunto de los brillantes, pero no fue casualidad que yo los consiguiese. Lucien, Hughes y yo tuvimos que arriesgarnos de veras, en un continente en el que no acostumbramos trabajar, del cual desconocemos muchas cosas… ¡Y cuando vamos a obtener el fruto de nuestro riesgo, ese maldito inglés hace su propia jugada!

—No tienes por qué quejarte tanto —sonrió Al Maari—. A fin de

cuentas, sólo vas a entregarle brillantes por valor de tres millones, y vas a cobrar cuatro. Por cierto, ¿cuánto crees que Dekobra tardará en darse cuenta de que hay la mitad de brillantes falsos?

—No lo sé. Querrá ver algunos en el hotel, naturalmente. Y es un experto. De todos modos, esas falsificaciones son muy buenas.

—¿Pero se dará cuenta?

—No creo. Los paquetes están muy bien hechos, y él tendrá que tomar brillantes de los buenos… No va a desparramarlos todos en una mesa del bar del hotel.

—¿Y si la operación se hubiese terminado aquí?

—Pues si se hubiese dado cuenta, le habríamos matado y le habríamos quitado el dinero. ¿Cómo están las cosas en la Zona del Canal?

—Solamente estamos esperando la llegada del dinero… Los hombres que van a tomar parte saben que correrán mucho riesgo, así que quieren cobrar por anticipado, para dejarles el dinero a sus familiares por si algo les sucede a ellos. Son unos brutos salvajes, unos bestias, pero están aprendiendo a pensar. Todo el mundo piensa ya demasiado…, incluso las mujeres.

—Te estás obsesionando con esa Monique Lafrance —gruñó Sudenhorst.

—Sí… Es cierto. ¿Podrías encargarte de no perderle la pista, para informarme de su paradero cuando yo regrese aquí después de terminar lo del Canal?

—Haré lo posible. Bien, vamos a… ¿Qué pasa?

Miró hoscamente a uno de sus hombres, que acababa de entrar en el salón, con gesto preocupado. Detrás de él entraron dos más, no menos inquietos.

—No encontramos a Lucien —dijo el hombre.

—¿Cómo que no lo encontráis? Está bien, ¿y qué? ¿Acaso tengo que saber yo dónde está? ¡Buscadlo por ahí, por la casa o el jardín…! ¡Ese idiota es capaz de haberse emborrachado! ¡Buscadlo y dejadme en paz! Ven, Abu. Vamos a por los paquetes, para llevárselos a Dekobra.

Fueron los dos al despacho, y Sudenhorst alzó las cejas al encontrar la puerta abierta, esto es, sin que estuviese echada la llave.

—¿Qué ocurre? —se interesó Al Maari.

—Nada. Juraría que cerré, desde luego… Bueno, esos cretinos tienen llaves, habrán estado buscando a Lucien en el despacho.

—Quizá esté tirado por un rincón —sonrió Al Maari.

Sudenhorst entró, encendió la luz y fue directo a la caja fuerte, mientras Abu Al Maari echaba un vistazo por el despacho, en el cual, ciertamente, no estaba Lucien Bouvier. Encogió los hombros y se volvió hacia la caja.

—No hay aquí ni rastro de… ¿Qué te pasa?

Otto Sudenhorst había palidecido tanto que su rostro enrojecido por el sol y su aún más enrojecida cabeza rapada parecían de un color turbio, como lodo. Tenía los párpados dilatados y movía la boca como si se estuviese asfixiando.

—No…, no están —jadeó—. ¡No están los brillantes!

El cetrino rostro de Abu Al Maari perdió también mucho de su color. El árabe saltó hacia la caja, miró dentro y se volvió como una fiera hacia Sudenhorst.

—¿Qué significa esto? —gritó—. ¿Dónde están?

—Tenían… te… tenían que estar ahí… ¡Yo mismo los puse, yo mismo cerré la caja esta tarde y estaban allí…!

Abu Al Maari dio un paso hacia Sudenhorst, con gesto amenazador, pero de pronto se detuvo, en seco.

—Lucien —musitó—. ¡Se ha marchado con los brillantes!

—¿Lucien? —se pasmó Sudenhorst—. ¡Claro que no!

—¡No seas cretino, claro que ha sido él! ¡Ha venido a tu despacho mientras todos «gozábamos» de la fiesta, ha cogido los brillantes y se ha marchado! ¡Imbécil! ¡Merecerías que te…!

—Otto —apareció Brandon Hughes en la puerta del despacho, demudado el rostro—: hemos encontrado a Lucien. Está muerto.

Se apartó, y entraron dos hombres llevando suspendido el cadáver de Lucien, que quedó sobre la alfombra. En la puerta quedaron los demás hombres de Sudenhorst, mientras éste, lívido ahora, se arrodillaba junto al cadáver. Lo tocó en el cuello, pero retiró vivamente la mano: estaba helado.

—Pero… no tiene ninguna herida…

—No.

—¿Dónde estaba? —preguntó Al Maari.

—Ahí fuera, entre los arbustos, frente a la ventana del despacho, más o menos.

—Buscad unas linternas y esperadnos delante de esta ventana —dijo Al Maari.

—¿Para qué?

—Se han llevado los brillantes.

—¿Se han llevado…? —palideció también Hughes.

Su mirada fue hacia la caja fuerte abierta, saltó hacia ella como si no pudiese creerlo más que viendo con sus ojos su interior vacío y luego se volvió hacia Otto Sudenhorst, con el rostro demudado.

—No vamos a conseguir nada gritando y haciéndonos reproches unos a otros —mascullό Sudenhorst—: lo que hay que hacer es recuperar los brillantes.

—¿Cómo? —gritó Hughes—. ¿Quién los tiene?

—¿Cómo demonios quieres que sepa esto? —gritó también Sudenhorst—. Pero no me parece que tengamos que buscar demasiado… Uno de nuestros invitados ha sido más listo que los demás y se los ha llevado…

—Eso no parece muy fácil —dijo Abu Al Maari—. Dices que los tenías dentro de la caja, ¿no? Lo cual significa que alguien ha tenido que abrirla… Y me pregunto cuál de nuestros invitados ha tenido tiempo de hacerlo. Todos han estado al alcance de nuestra vista en todo momento. Por otra parte, me parece que esa caja no es fácil de abrir para quien no sepa la combinación.

—Quizá sepamos algo de eso si alguien trae linternas —masculló Al Maari—. Nadie pudo salir de la casa llevando los brillantes, pues alguno de nosotros le habría visto.

Así que tuvieron que sacarlos por la ventana. Vamos a ver si encontramos alguna huella o señal que pueda ayudarnos…

Diez minutos más tarde, el desencanto era total. Se veían las huellas de zapatos masculinos, pero siempre rodeando la casa, dejadas, indudablemente, por los hombres que la vigilan. En cuanto al lugar donde había sido hallado Lucien Bouvier, no había señal alguna; como si Lucien hubiese llegado allá volando.

Y es que, realmente, unos pies descalzos no dejan tan clara huella como podrían dejar unos zapatos…, sobre todo si llevan el alto y agudo tacón femenino.

—Tiene que haber sido uno de esos cuatro —insistió de nuevo Sudenhorst—. Y si perdemos mucho tiempo, desaparecerán con los brillantes.

—¿Te parece que debemos atacar a los cuatro? —lo miró hoscamente Abu Al Maari.

—No sé… Estoy seguro de que así conseguiríamos los brillantes, pero… Se me ocurre algo que quizá dé resultado. No los ataquemos: pero vigilémoslos. El que haya sido, quizá está preparando su marcha de Chamonix… Vamos a vigilarlos a todos, y aquel que intente marcharse esta noche, ése tendrá los brillantes.

—Sí —aprobó Hughes—. Podría ser, Otto, sí. Somos suficientes hombres para repartirnos por parejas y vigilar a esos cuatro. Y si alguno de ellos se ha marchado ya, no podrá estar muy lejos… Y sabremos que ha sido él.

—No sé si me gusta la idea —murmuró Al Maari.

—Si tienes otra mejor, dila —le miró Sudenhorst.

—No se me ocurre nada… Lo único que se me ocurre es que hay tres hombres importantes que me están esperando en Niza con el dinero, Otto. Ya sabes, quiénes son, y sabes también que no admiten bromas. Para mañana al mediodía, lo más tarde, yo tengo que estar allí con el dinero. O eso, o… no quisiera estar en nuestro pellejo.

—Haremos lo que he dicho —palideció Otto Sudenhorst—. Partikaris y Tullio irán a vigilar a La Bruyére; Hermann, Hughes y Claude, irán a vigilar el hotel Savov, por si Schiller o Dekobra intentan marcharse; Mansard y Jules, vigilarán a Aktal Nuwas… El que primero intente marcharse, debe ser capturado y traído aquí. Y nada de contemplaciones.

—John Dekobra debe estar esperándote en el hotel para la transacción —recordó Abu Al Maari—. Aunque haya sido él quien ha conseguido los brillantes, tiene que seguir su juego hasta el final, para que no desconfiemos.

—Le voy a llamar por teléfono —sonrió fríamente Otto Sudenhorst—. Le diré que vamos a dejar la operación para mañana por la mañana. Si él los tiene, creerá que dispone de toda la noche para escapar…, y entonces lo cazaremos. Vosotros, salid ya cada uno a vigilar a quien le corresponde. Y tened los ojos bien abiertos toda la noche si es preciso.

Capítulo VIII

John Dekobra dejó el vaso de whisky y se puso en pie inmediatamente, mirando sorprendido a Monique Lafrance, que acaba de entrar en el bar del hotel, y tras localizarlo, se dirigía hacia él, envuelta en su abrigo de pieles.

—Monique… Creí que estaría ya acostada…

—Soy una tonta. Olvidé mi bolsito en su coche, John, hay algo en él que necesito.

—Ah. Bueno, ahora mismo voy a traerle…

—Por favor, John, no se moleste —sonrió ella—. Usted está esperando para cerrar un negocio y no quisiera distraerlo ahora. Si me deja las llaves del coche, yo misma iré a buscar el bolsito.

—De ninguna manera —protestó Dekobra—. Yo voy a…

—Insisto en no molestarle.

—Bien… Bueno, como guste —Dekobra le tendió las llaves, sonriendo—. Espero terminar pronto el negocio, pero me pregunto si usted prefiere esperar a mañana para… volver a vernos.

—¿Cuándo, si no? —alzó ella las cejas, sorprendida.

—La noche todavía no ha terminado —susurró él.

Monique Lafrance parpadeó, su gesto se ensombreció ligeramente.

—No lo estropee, John —musitó—. Por favor, no estropee esto que parece tan hermoso.

—Lo siento —se mordió él los labios.

Monique Lafrance salió del bar. Lo hizo del hotel segundos después, fue al coche de Dekobra, abrió la puerta derecha, y tomó su bolsito, que, en efecto, se había «olvidado» allí, en el asiento. Luego, tras convencerse de que nadie la veía, abrió el maletero, sacó los dos paquetes, y fue rápidamente a su coche, en cuyo maletero los depositó.

Poco después, volvía a entrar en el bar.

—Sus llaves, John. Gracias.

—Siento lo de antes —murmuró el inglés—. De veras. He sido muy torpe.

—Si realmente lo siente, no se preocupe más —sonrió dulcemente Monique—. Yo ya lo he olvidado.

—Gracias… Gracias, Monique. ¿No veremos mañana?

—*Mañana*, sí. Buenas noches, John.

—Buenas noches, Monique. Gracias de nuevo.

La señorita Lafrance regresó a su habitación, sin haber concedido al parecer ninguna importancia al portafolios que John Dekobra sujetaba con admirable energía. Por supuesto, en el bolsito no llevaba nada importante ni comprometedor, pero sí había cosas importantes en el maletín rojo con florecillas azules. Por ejemplo, la radio de bolsillo.

Llamó por ella.

—¿Simón?

—Dígame —respondió en el acto la voz del espía.

—Tengo los brillantes. Están en mi coche, a la salida del hotel, a la izquierda. ¿Saben cuál es el coche?

—Por supuesto. Se nos informó su matrícula desde Ginebra… ¿De veras tiene los brillantes? En ese caso, parece que la fiesta no ha ido muy bien para usted.

—¿Saben lo de la fiesta?

—Bueno… Conociendo su coche, la hemos conocido a usted, y cuando vimos que se iba con ese inglés, decidimos no perderla de vista en ningún momento, por si nos necesitaba con urgencia.

—Muy amables, pero sigan sin intervenir…

—Oh, solamente estamos cerca, ¿comprende? Por si acaso.

—Gracias. Bien, vayan a mi coche, y retiren los brillantes del maletero. Esto es todo.

—Okay. ¿No quiere decirme cómo los ha conseguido? Es por curiosidad profesional.

—En otro momento, Simón. Adiós.

—Adiós…

Baby cerró la radio y se quedó pensativa. ¿Cuál sería la reacción de Otto Sudenhorst cuando abriese la caja para sacar los brillantes con el propósito de traérselos a John Dekobra…? Lo indudable era que habría alguna reacción, pero… ¿cuál?

Se acercó a la ventana, tras encender un cigarrillo y apagar la luz. Desde allí veía la calle a la cual daba fachada el hotel, pero no podía ver su coche. De todos modos, quizá viese llegar a sus Simones en un coche, y se dedicaría a descansar y a pensar en cuanto ellos se hubiesen llevado los brillantes…

A los pocos minutos, un coche se detuvo delante del hotel, pero un poco más abajo. No obstante, nadie se apeó de él. Pasó un par de minutos, y, de pronto, Baby lanzó una exclamación, corrió hacia la radio, e hizo la llamada.

—¡Simón!

—¡Diga! —sonó la sobresaltada voz del agente de la CIA.

—¡No se acerquen a mi coche, olvide lo que le dije antes…! ¡No hagan nada! Ni siquiera se acerquen al hotel.

—Pero si estamos ya casi…

—No, no, no. Retírense. No hagan nada. Eso es todo.

Cerró la radio, la dejó en el maletín, y tomó los pequeños gemelos de teatro. Con ellos, se dedicó a mirar hacia el coche que había llegado poco antes… Y a los pocos segundos, vio al hombre que había al volante. Una dura mueca apareció en los sonrosados labios de Brigitte Montfort al identificar a Brandon Hughes. Éste se volvió en aquel momento, y habló con alguien que estaba en el asiento de atrás. ¿Podía ser Otto Sudenhorst? ¿Qué hacía allí, qué esperaba?

El timbrazo del teléfono la sobresaltó. Se volvió hacia el aparato, pero sin distinguirlo en la oscuridad. Sonó otra vez, y otra…

—¿Diga? —respondió a la llamada.

—Monique, soy John. Estoy en mi habitación… Bueno, perdone si la llamo ahora, pero he supuesto que aún estaría despierta…

—En efecto. No se preocupe, John. ¿De qué se trata?

—No sabe cuánto lo siento… Me ha llamado herr Sudenhorst para decirme que esta noche no podemos terminar el negocio, y hemos convenido en hacerlo mañana por la mañana. Y… claro, me temo que no podré disfrutar del placer de su compañía hasta que…

—Oh, está bien. Vamos, John, no debe usted disculparse por eso. Iré a esquiar, como he hecho hoy. ¿Le parece que nos veamos al mediodía, para tomar juntos el aperitivo en la terraza?

—Es usted muy comprensiva. Gracias, Monique… Naturalmente, la esperaré en la terraza. Perdón de nuevo.

—Buenas noches, John.

—Buenas noches.

Monique Lafrance colgó, y se quedó inmóvil… ¿Qué podía estar ocurriendo? Otto Sudenhorst no iba a cerrar el trato aquella noche… Naturalmente, puesto que no tenía los brillantes. Pero entonces…, ¿qué hacía Brandon Hughes delante del hotel, en un coche?

Regresó ante la ventana, y permaneció allí otro par de minutos. La mente de la espía más astuta del mundo estaba en pleno trabajo: pensando, calculando, sospechando… De pronto, volvió al maletín, cogió la pistolita de cachas de madreperla, y se la deslizó por el amplísimo escote.

—¡Qué barbaridad! —sonrió—. Aquí no podría ocultar ni una cerilla…

Se puso el abrigo, guardó la pistolita en un bolsillo, y salió de la habitación. Poco después, aparecía en la calle, desierta, pero alegremente iluminada… Y lo primero que vio fue que en el coche no estaba Otto Sudenhorst, sino, acompañando a Hughes, dos de los empleados del alemán.

Los tres la habían visto, y la miraban fijamente, sorprendidos… y desconfiados.

La audacia de la agente Baby se puso una vez más de manifiesto: cruzó la calle, y se acercó al coche. Se detuvo ante la puerta del volante, mirando al sorprendidísimo Brandon Hughes…, que parpadeó cuando ella le hizo una seña para que saliera. Cada vez más sorprendido, el asesino salió del vehículo.

—¿Desea algo de mí? —murmuró.

—Sí. Venga conmigo, Brandon.

—¿Adónde?

—No haga preguntas estúpidas. ¿Quiere venir o no? Usted solo, naturalmente.

Hughes no salía de su asombro. Se inclinó hacia sus compañeros, les dijo que se quedasen allí, y él se fue en pos de la extraordinaria mujer. Doblaron la esquina del hotel, y ella señaló su coche.

—Usted conducirá —dijo, tendiéndole las llaves.

—Pero…

—¿Quieren los brillantes o no?

Hughes lanzó una exclamación. Casi corrió hacia el coche, abrió

la portezuela, desde dentro abrió a Monique Lafrance, y ella se sentó a su lado.

—¿Hacia dónde vamos?

—Hacia la villa de Otto Sudenhorst, claro está.

—Muy bien… ¿Sabe usted dónde están los brillantes?

—Dentro de este coche. Se los vamos a llevar a Otto, y le daré una explicación muy interesante.

—¡Por todos los demonios…! ¿Usted tiene los brillantes?

Monique Lafrance no contestó. Pasaron con el coche por delante del otro, y poco después salían del centro de Chamonix. Muy poco más tarde, rodaban por la solitaria carretera que llevaba a la cercana villa de Otto Sudenhorst…

Entonces, Monique Lafrance sacó su pistola, y apuntó a la cabeza de Brandon Hughes.

—Frene. Apague las luces y salga del coche.

Hughes frenó, y se quedó mirando a la mujer. Alrededor de ellos habían luces, procedentes de los bonitos chalés de alta montaña. Esa era toda la iluminación… Pero suficiente para que Brandon Hughes pudiese ver los ojos de Monique Lafrance. Sin hacer más preguntas, salió del coche, y cuando creía que Monique saldría por la otra puerta, dándole ocasión amplísima para sacar su propia pistola, ella le siguió por el asiento, sin perderlo de vista, y salió por la misma portezuela.

—Vuélvase de espaldas, saque con dos dedos su pistola, y tírela hacia delante, con toda su fuerza. Si no lo hace exactamente así, recibirá un balazo en la nuca.

Hughes lo hizo exactamente así.

—Camine hacia el borde de la carretera.

El obediente Hughes fue hacia allá. Se detuvo al llegar, y entonces recibió tal golpe en los riñones, no supo con qué, que salió disparado hacia la nieve, cayendo de bruces en ella. Cuando se volvió, sin levantarse, Monique Lafrance ya había bajado la pierna con la que había golpeado tan ferozmente al asesino, y caminaba hacia él. Se detuvo a su lado, se acuclilló, y adelantó un poco la pistola, que quedó apuntando a la cabeza del hombre.

—Se lo voy a decir con toda claridad y una sola vez, Hughes —apareció restallar la voz, secamente—: si usted contesta a mis preguntas, todo irá bien. Si no lo hace ahora, inmediatamente, lo

hará más tarde, debidamente convencido por métodos que no le gustarán, y en los cuales tengo unos amigos que son muy expertos. A saber: podemos arrancarle los ojos, las orejas y la lengua; quemarle todo el cuerpo, cortarle las manos, abrirlo en canal como un cerdo que es… Eso, para empezar. ¿Me ha entendido?

—Sí —jadeó Hughes—. Sí.

—Muy bien. Está advertido, entonces. Ahora, veamos: ¿para quién está trabajando Otto Sudenhorst?

—Para… para Abu Al Maari, y otros hombres que son jefes de un grupo árabe.

—¿Quiénes son esos hombres? ¿Dónde están?

—No sé quiénes son… Pero creo que están esperando a Al Maari en un yate, en Niza.

—¿No pertenecen a ningún servicio de espionaje?

—No… no.

—Entonces…, ¿quién les informó a ustedes sobre el asunto de los brillantes en Colombia?

Hughes lanzó una exclamación, y su mirada se desorbitó más.

—¿Cómo sabe usted…? —comenzó a gritar.

—Baje la voz. Y no soy yo quien tiene que dar explicaciones, sino usted. ¿Cómo llegaron usted, Lucien Bouvier y Otto Sudenhorst a saber que Dámaso Arciniegas recibía brillantes en su cabaña de la playa? ¿Hubo algún delator en la CIA?

—No… No, no. Otto tiene algunos amigos allá, y le avisaron de que había un asunto que podía interesarle. Fue una información conseguida casualmente, y Otto y Al Maari, que estaban buscando el modo de conseguir dinero, decidieron aprovecharla.

—Me alegra oír eso… Bien, ¿para qué quieren ese dinero? Supongo que pensaban vender los brillantes y una vez conseguido ya el dinero, utilizarlo para algo, ¿no?

—Sí… Claro.

—Claro. ¿Para qué? Tengo entendido que Otto Sudenhorst suele operar básicamente en Oriente Medio, y usted me está hablando de unos árabes que son jefes de un grupo, y que esperan a Al Maari en Niza… ¿Para qué, Hughes?

—Está… está relacionado con el Canal de Suez, con… con la limpieza que piensan hacer allí los americanos.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Monique Lafrance.

—¿Se refiere a la limpieza del fondo del Canal? ¿A la retirada de bombas, minas, y otros explosivos que hay allí, que están intactos?

—Sí.

La mirada de Baby era cada vez más fija, más fría... Sí. En el fondo del Canal de Suez habían bombas y artefactos de toda clase que no habían estallado. Y Estados Unidos estaban preparando una «Operación Limpieza» en la que se iba a invertir decenas de millones de dólares. Y mucho personal especializado: técnicos, instructores, expertos en material detonante... Los instructores tendrían la misión de apoyar a sus compatriotas americanos instruyendo a personal árabe para esa «Operación Limpieza», que no podía ser considerada más que como una prueba de buena voluntad por parte de Estados Unidos hacia los árabes.

Y sin embargo...

—¿Piensan sabotear la operación de limpiar el fondo del Canal? —susurró.

—Sí...

—¿Quién y cómo?

—Ya le he dicho que no sé quiénes son... Extremistas árabes... Son esos que están esperando a Abu Al Maari en Niza. Ya tienen esperando en Egipto a más de cien mercenarios que se mezclarán con el personal encargado de limpiar el fondo del Canal, y provocarán explosiones y altercados... Quieren cegar el Canal, y matar a todos los americanos, provocar de nuevo las hostilidades armadas entre los israelitas y los árabes... Lo único que les hace falta actualmente es el dinero para pagar por anticipado a los mercenarios, y Otto se lo ofreció si luego le entregaban todo el armamento que consiguiesen, pues él vende armas en toda África... Últimamente, Otto tenía dificultades para conseguir armas, y por eso llegó a un acuerdo con Abu Al Maari, que es el... representante de ese grupo extremista árabe. Es como... como si Otto comprase las armas con el dinero de los brillantes...

—Y él espera obtener más dinero por las armas que consiga que con la venta de los brillantes. ¿No es eso?

—Sí.

—O sea, que van a América del Sur, asesinan a tres hombres, y consiguen los brillantes. Con los brillantes, consiguen dinero para apoyar los planes de ese grupo de árabes. Y esos árabes les

proporcionarán a ustedes armas para que sigan haciendo su negocio en toda África… ¡Por el cielo! Asesinatos en América del Sur, reanudación de las hostilidades armadas entre árabes e israelitas, venta de armas en toda África para que esa pobre gente siga matándose por tonterías… Hughes, voy a decirle una cosa: yo soy de la CIA, y los dos hombres a los que ustedes asesinaron en Colombia eran para mí, aun sin conocerlos, como hermanos… Como hijos. Una persona muy amada, siempre me dice: ahí tienes a tus niños… Y usted, Lucien y Otto asesinaron a dos de mis niños… Ahora, yo le voy a matar a usted.

—¡Espere, no me m…!

Plof.

Un pequeño chasquido, un diminuto fogonazo… La bala se clavó en la frente de Brandon Hughes, que se desplomó, y quedó tendido completamente, cara al cielo blanquecino. Seguía amenazando nieve.

Monique Lafrance asió a Hughes por los pies, lo hizo girar como una plataforma, y lo llevó un poco más lejos de la carretera. Ocultó ligeramente el cadáver con puñados de nieve, y regresó al coche.

Solamente quedaba Otto Sudenhorst.

Eso, en cuanto a los asesinos de Colombia.

Pero además…

Capítulo IX

El teléfono sonó, y Otto Sudenhorst y Abu Al Maari cambiaron una viva mirada.

—¡Algo está pasando! —exclamó Sudenhorst, abalanzándose hacia el teléfono—. Uno de esos hombres debe haber querido abandonar Chamonix… ¿Diga?

—¿…?

—Sí… ¿Quién le llama?

—…

—Está bien. Un momento —se volvió hacia Al Maari—. Es para ti. No ha dicho quién es, y tiene una voz… rara.

—¿Rara? —Al Maari tomó el auricular—. Soy Al Maari. Diga.

—¿…?

—Sí, sí. Diga.

Abu Al Maari estuvo escuchando, inmóvil, cada vez más inexpresivo su rostro, durante un par de minutos. No dijo nada, no hizo el menor comentario. Solamente, transcurridos los dos minutos, musitó:

—Voy para allá —colgó, y miró a Sudenhorst—. Algo importante. Volveré dentro de media hora, más o menos.

—¿Quién era? —se interesó el alemán.

—Una persona importante.

—¿Uno de los que te esperan en Niza? No veo la necesidad de que haya tenido que viajar hasta aquí…

—Supongo que tienes razón. Hasta luego. Ya no te queda ningún coche, ¿verdad?

—No. Los tres están ocupados por mis hombres.

—Iré a pie. La cita es cerca de aquí. Espérame.

—Desde luego.

Abu Al Maari salió del salón y luego de la casa, emprendiendo el corto viaje a pie en dirección a Chamonix, cuyas luces eran más que

suficientes para caminar sin tropiezo alguno por la carretera.

Estaba ya muy cerca de Chamonix cuando apareció el coche, que se detuvo a su lado. Abu Al Maari entró, sentándose junto al conductor. Es decir, junto a la conductora. Ninguno de los dos dijo nada hasta que, poco después, el coche volvió a detenerse, cerca de un grupo de abetos. Entonces, Monique Lafrance paró el motor, y se volvió hacia el árabe.

—Supongo —murmuró— que está sorprendido, Abu.

—Mucho… Y yo diría que incrédulo, señorita Lafrance.

—Puedo demostrarle ahora mismo todo lo que le he dicho por teléfono.

—Pues demuéstrelo.

Monique salió del coche, con las llaves. Abrió el maletero, cogió los dos paquetes, y volvió al asiento del volante, colocando ambos paquetes en manos de Abu Al Maari.

—Aquí los tiene. Ábralos, si quiere.

—No es necesario —susurró el árabe—. Pero sí quisiera que me explicase todo otra vez.

—Ningún inconveniente. Yo he estado trabajando para Otto en todo momento. El candidato principal para venderle los brillantes era John Dekobra, pero eso era para… convencerle a usted de que Otto estaba actuando lealmente con usted y sus amigos que le están esperando en un yate anclado en aguas de Niza. La realidad era que yo debía realizar contacto con Dekobra, y asegurarme de que tenía el dinero, para comunicárselo a Otto. Una vez seguros de esto, Otto habría hecho desaparecer los brillantes, y cuando usted se hubiese marchado, se los habría vendido a Dekobra…, para quedarse él con el dinero, naturalmente. Así que mientras todos conversaban en la fiesta sobre las relaciones hombre-mujer, yo dije que iba al tocador, y en realidad fui al despacho de Otto. Me había dicho la combinación de la caja, así que saqué los paquetes. Cuando salía por la ventana…

—No vimos huellas de sus zapatos allí.

—Iba descalza —sonrió Monique—. Cuando salía por la ventana, apareció Lucien, que no estaba enterado de nada… Pero Hughes sí estaba enterado, y me esperaba por allí por si tenía necesidad de ayuda… Fue él quien mató a Lucien, de un golpe en la cabeza. Luego, Hughes llevó los brillantes al coche de Dekobra, para que yo

me hiciese con ellos al llegar al hotel. Mientras tanto, yo llevé a Lucien para tirarlo entre aquellas matas, y…

—¿Usted cargó con un hombre de más de noventa kilos? —entorno los ojos Al Maari.

La divina espía sonrió dulcemente.

—Soy una mujer fuerte, Abu… He vivido mucho, he conocido toda clase de hombres, me he visto en situaciones muy apuradas. Se sorprendería si supiese la de cosas que he llegado a hacer. Incluso matar.

—¿A quién ha matado?

—A Hughes, por ejemplo. Yo quería saber lo que iba a pasar cuando Otto le dijese que le habían «robado» los brillantes, así que estaba mirando por la ventana de mi habitación del hotel cuando Hughes y los otros llegaron en el coche. Temí que hubiesen ido a matar a Dekobra, así que bajé, y me llevé a Hughes con el coche. Me dijo que por el momento no pensaban matar a Dekobra, pero que en cuanto usted se pusiera nervioso, quizá daría esa orden, con la cual, el negocio de Otto se vería comprometido, teniendo que recurrir a Schiller, del cual no sabía si tenía el dinero en efectivo o no. Le pregunté si usted sospechaba algo, y dijo que parecía que no, pero que si llegaba a sospechar, Otto se iba a encargar personalmente de matarlo. Entonces, yo maté a Hughes con esta pistola —la mostró—, y le llamé a usted por teléfono.

—¿Por qué?

—Bien —Monique bajó la mirada—. Antes he dicho que he conocido a toda clase de hombres, pero… no es exacto: nunca había conocido a uno como usted.

—¿Qué quiere decir?

Monique Lafrance se estremeció.

—Es horrible tener… intimidades con un hombre como Otto y yo…

—¿Quiere decir que usted y él…?

—Si… Claro. Pero cada día siento más asco sólo al verlo. Y cuando le conocía a usted… No voy a pedirle gran cosa, Abu… Si quiere darme algo de dinero, pues… mejor, pero… Bueno, no es que me guste la idea de estar en un harén… Pero quizá podríamos… vivir agradablemente usted y yo una temporada. Luego, adiós…, si así lo desea.

—¿Está diciéndome que usted siente por mí lo que llaman amor? —musitó Al Maari.

—Yo no lo llamo de ninguna manera no haga caso de lo que decía en la fiesta… Yo sólo sé que cuando veo un hombre que me gusta…

—¿Otto le gusta…, o le gustaba?

—¡No! Pero necesitaba dinero… Ya le he dicho que mi vida ha sido siempre muy… especial. Una mujer hermosa encuentra siempre diversas oportunidades, y tiene que elegir la más conveniente en ese momento. Quizá ahora me esté comportando de un modo estúpido pues Otto me habría hecho un gran regalo, pero… No sé. Quizá no se esté tal mal en un harén… con un hombre como usted.

—Ya no hay harenes —sonrió Abu—. Al menos, yo no tengo ninguno.

—Es un modo de hablar. Lo que trato de decirle es que… no siempre tengo que elegir el dinero, Abu.

—¿Prefiere elegirme a mí?

Monique Lafrance lo miró, tímidamente. Cerró los ojos, alzó los brazos, y rodeó el cuello de Abu Al Maari, mientras su boca iba hacia la del árabe… El beso parecía ir convirtiéndose en una pequeña hoguera que hacía arder la sangre de Abu Al Maari. Éste notaba el fuerte latir de sus sienes, la tensión en todo su cuerpo…, y la dulzura de aquellos tiernos labios que se le estaban entregando completamente…

De pronto apartó a Monique y dijo, con voz tensa, ronca:

—Lo mataré… ¡Por Alá, lo voy a matar como a un perro!

—¿A quién? —respingó Monique.

—A Otto… ¡Cerdo! ¡Le voy a…!

—Pero él tiene muchos hombres, Abu. Si intentas…

—¡No tiene a nadie, ahora! ¡Todos están vigilando a los que podían comprar los brillantes! Él está solo en su casa, esperándome… ¡Cerdo maldito! ¡Vamos hacia allá!

—Abu… Si lo matas, sus hombres nos buscarán… Dos de ellos estaban en el coche con Hughes, comprenderán que yo te he ayudado, querrán matarme…

—No te preocupes por eso.

—Pero ellos querrán…

—Te digo que no te preocupes —Abu Al Maari echó hacia atrás el abrigo de Monique y bajó los delgados tirantes del vestido de noche—. No podrán hacerte nada… Nada…

—Pero si me encuentran…

—No te encontrarán —jadeó el árabe—, porque vendrás conmigo… Nos iremos hacia Niza esta misma noche…, en cuanto mate a Otto. Y nos llevaremos los brillantes.

Se inclinó, para besar a Monique ávidamente, en aquella carne que parecía de seda y de oro, tibia y turgente, delicada, tan suave como un rayo de sol…

—¿Me… me llevarás… contigo…?

Él se estremeció, dejó de besarla… Se irguió, y colocó bien los tirantes y el abrigo. Abu Al Maari se sentía como sumergido en fuego… Embriagado, alucinado… Pero no parecía hombre que olvidase lo que le convenía.

—Vendrás conmigo —aseguró—. Pero antes, vamos a matar a ese cerdo. Dame tu pistola.

—¿Quieres que lo mate yo?

—¿Tú? No es necesario. Yo puedo…

—Lo odio —jadeó Monique—. ¡Lo odio con toda mi alma, es un puerco, un… un asqueroso que…! ¡Quisiera matarlo yo, por todo lo que he tenido que soportar de él, por todo lo que…!

—Te comprendo. Vamos para allá.

Otto Sudenhorst oyó llegar el coche, y se sintió inquieto. Fue a mirar por la gran puerta-ventana de la terraza, y frunció el ceño al ver aquel coche desconocido. Estaba a punto de echar a correr hacia el despacho en busca de una pistola cuando vio apearse a Abu Al Maari. En seguida, a Monique Lafrance.

Otto Sudenhorst quedó estupefacto. ¿Qué hacía aquella mujer allí con Abu Al Maari?

Desconcertado, y no poco dominado por la curiosidad, fue a abrir. Llegó cuando el timbre acababa de sonar. Abrió la puerta, miró a Monique, y en seguida a Abu Al Maari…, que sin decir una sola palabra mostró los dos paquetes en sus brazos.

—¡Los brillantes! —exclamó Sudenhorst.

—Cerdo —dijo entonces Al Maari.

—¿Qué…? Pero…

—Mátalo, Monique.

Otto Sudenhorst respingó, y su mirada miope fue velozmente hacia la divina espía. Vio la pistola, pero por encima del arma, los fríos, congelados ojos azules. Y bajo los ojos, los sonrosados labios, que se movieron para dar paso a unas palabras, en español:

—Desde Colombia, saludos de tres hombres y un niño.

Sorpresa, terror, sobresalto en los ojos de Otto Sudenhorst… Y en seguida, dolor, angustia, miedo…, al recibir la bala en el centro de la frente. En la millonésima de segundo que tardó en morir, impulsado por la bala hacia atrás, Otto Sudenhorst no tuvo tiempo de comprender nada. Excepto que iba a morir, precisamente.

Abu Al Maari escupió hacia el cadáver tendido en el suelo con los pies hacia la puerta, y dijo:

—Vámonos.

Volvieron los dos al coche, tranquilamente, y Monique se quedó mirando a Al Maari.

—¿Nos vamos a Niza con este coche? —preguntó.

—Sí. Ahora mismo.

—Pero… llegaremos de madrugada ya de día. Están las montañas, hay nieve…

—Llegaremos, de todos modos.

—Sí… Desde luego, sí. Pero…, ¿con los brillantes?

—Claro —la miró sorprendido Al Maari—. Ni siquiera tenemos que cruzar ninguna frontera…

—Lo sé. Es que… estaba pensando que podríamos vender los brillantes a John Dekobra de todos modos. Y llegaríamos allá con dinero, Abu.

El árabe lanzó una exclamación.

—¡Sería mucho mejor! Pero —vaciló— si vamos ahora al hotel, los hombres de Sudenhorst nos verán…

—Puedo ir yo. Aunque me vean, no se sorprenderán. Puedo engañarlos, Abu. O mejor aún: puedo entrar por la puerta de servicio del hotel, ir a la habitación de John Dekobra, venderle los brillantes, y reunirme contigo para entregarte el dinero… ¿Por qué me miras así?

—Solamente te estoy escuchando —dijo él, fríamente.

Monique parpadeó. De pronto, bajó la cabeza.

—Comprendo. Crees que estoy intentando engañarte… Está bien, vámonos con los brillantes. A mí me da lo mismo. Lo único

que quiero es marcharme contigo…

—¿Cómo puedo saber que eres sincera?

Monique Lafrance lo miró. Y Abu Al Maari vio las dos grandes lágrimas brillando en sus ojos. Ella parpadeó, y las lágrimas rodaron por sus mejillas…

—No puedes saberlo —susurró—. Ni tienes por qué confiar en una aventurera como yo. Quizá, ni siquiera deseas mi compañía… Si es así, dilo, Abu.

—Deseo tu compañía —aseguró Al Maari—. Pero no quisiera correr más riesgos.

—Lo que tú digas. Nos vamos ahora mismo hacia Niza…

—Está bien —cortó él—. Si me presento allá con los brillantes, estaremos igual, necesitando el dinero con toda urgencia. Tendremos que volver a empezar a buscar compradores… Ve a venderle los brillantes a Dekobra. Yo te estaré esperando en el coche, en la parte de atrás del hotel.

Era más de la una de la madrugada cuando Monique Lafrance se sentó junto a Abu Al Maari, cuyas facciones estaban rígidas, sus manos apretando fuertemente el volante.

—Podemos irnos —dijo ella, alzando el portafolios.

—¿Es el dinero?

—Claro. ¿Quieres verlo?

Al Maari tomó el portafolios, lo abrió, y se quedó mirando los fajos de billetes de mil dólares. Movió la cabeza, y miró a su reciente y enamorada aliada.

—Has tardado mucho —musitó.

—Dekobra tuvo que ir a pedirle el dinero que le faltaba a Schiller. O su parte, no entendí bien. Luego, quisieren hacerme esperar mientras examinaban los brillantes… Les dije que si les interesaba el negocio teníamos que terminarlo inmediatamente, pues Otto y yo queríamos marcharnos esta misma noche de Chamonix…

—¿Les has hecho creer que trabajas con Otto?

—Sí —Monique sonrió divertida—. Dekobra se ha llevado una gran decepción cuando le he dicho que lo vigilaba. Estaba convencido de que me había enamorado de él.

—Sabes… fingir muy bien eso, entonces.

Monique se quedó mirándolo. No dijo nada. Por fin, el árabe

cerró el portafolios, se lo entregó, y puso el coche en marcha.

—Te despertaré para que conduzcas tú cuando ya no pueda vencer el sueño —murmuró.

—¿Y si decides dormir y yo aprovecho para matarte? —replicó ella, mohína.

Abu Al Maari la volvió a mirar, sonrió, y le pasó una mano hacia la nuca, atrayéndola, para besarla en los labios, largamente, apasionadamente. Luego, dijo, sonriendo.

—Quizá algún día yo pueda ofrecerte también un palacio de mármol rosa, rodeado de cien kilómetros de flores, lleno de esclavas, de jilgueros, de oro…

—No necesitaré tantas cosas, si estás conmigo —murmuró dulcísimamente la espía más peligrosa del mundo, tras besarle en los labios—. ¿Nos vamos? Hay mucho camino hasta Niza, amor mío…

Capítulo X

Muchísimo camino, desde luego.

Eran las diez de la mañana cuando llegaron a Niza, por la carretera A-8, tras haber estado viajando por la N-7, después de convencerse de que, si bien el camino era más largo, dando aquella gran, vuelta, era más seguro, y, en definitiva, resultaría más rápido. Así que había llegado hasta Valence, y de allí, directo por la Nacional 7…

Es decir, no llegaron a Niza… todavía. Fue todo por una pequeña tontería.

Estaban ya muy cerca, bordeando la costa, cuando vieron el coche detenido a un lado de la carretera, y, junto a él, a dos hombres, que parecían considerar con desagrado la conveniencia de cambiar una rueda. Los dos hombres miraron hacia el coche que ocupaban Abu Al Maari y Monique, y ésta, que iba al volante, los señaló con la barbilla.

—Parece que están en apuros —dijo.

—No es cuenta nuestra.

Monique le miró, sonriente. Luego, sin añadir nada más, se echó hacia la derecha, y detuvo el coche detrás del otro. Abu Al Maari frunció el ceño y la miró irritado. Captó aquella fría sonrisa, la helada expresión de los bellísimos ojos que no mostraban la menor señal de fatiga…, y finalmente, sin saber por qué, Abu bajó la mirada.

Entonces, vio la pistolita, en la mano derecha de Monique, apuntándole muy discretamente al vientre. Palideció, abrió la boca…, pero ella no le dejó hablar.

—Me llamo Brigitte Montfort, pero se me conoce bastante por ahí con el sobrenombre de Baby, la agente de la CIA que odia, ante todo, las guerras. Y tú, querido Abu, junto con esos amigos que te están esperando en el yate cuyo nombre has tenido la amabilidad

de decirme, sois, por tanto, mis peores enemigos. Espero que Alá sea contigo tan implacable como yo. Dale mis saludos.

Plof.

La pistolita cambió un poco su posición antes del disparo, de modo que la bala no fue a hundirse en el vientre de Abu Al Maari, sino en su corazón. El árabe respingó fuertemente, tragando aire con ronco sonido, y sus ojos se abrieron mucho…

Casi al mismo tiempo, se abría la portezuela de su lado, y los dos hombres que habían estado en la carretera, lo sacaron de allí, y lo llevaron rápidamente hacia el otro coche, cuyo maletero había abierto otro hombre, antes de acercarse a la ventanilla de Baby que bajó el cristal y le entregó al hombre el portafolios…, a cambio de otro muy parecido, que ella dejó en el asiento, a su lado.

El hombre se fue hacia su coche sin más. Los otros dos habían cerrado el maletero, y se habían acomodado en el asiento de atrás, hacia el cual tendió el portafolios su portador. Luego, se puso al volante, y el coche emprendió camino hacia Niza.

Brigitte Montfort encendió un cigarrillo, suspiró, y puso en marcha el motor. Hacía un día espléndido en Niza, lleno de sol, con la primavera flotando en el ambiente. Atrás habían quedado las nieves, los cielos encapotados, el frío de la noche… Y atrás habían quedado también John Dekobra y Walter Schiller, que todavía debían estar tirándose de los pelos ante el negocio que habían hecho: pagar cuatro millones de dólares por unos brillantes que, una vez separados de los falsos, les proporcionarían solamente tres.

—Es lo malo de ser tan listos —sonrió la divinísima Baby, conduciendo alegremente hacia Niza—. Siempre se creen, los muy listos, que no puede haber nadie más listo que ellos. Es una lección que se han ganado con todos los merecimientos. Bien… Espero que no sea difícil encontrar ese yate llamado *Spartaco*.

No fue nada difícil, en efecto. Sólo tuvo que ir hacia el muelle de los yates, darse un paseo, y en pocos minutos lo localizó. No era muy grande, y, también en efecto, llevaba bandera griega. En la cubierta había dos hombres, con el torso desnudo, arreglando algo, o limpiando, quizá.

—Vamos allá.

Se acercó más al yate, y, de pronto, apretó el paso, casi corrió

hacia el *Spartaco*. Antes de llegar al barco, uno de los hombres que había en cubierta la vio, y debió decir algo, porque el otro miró hacia ella. Los dos sonreían.

Pero su sonrisa se trocó en sorpresa cuando la bellísima mujer que llevaba un abrigo de pieles emprendió la subida por la escalerilla del yate, siempre a toda prisa, casi corriendo. Llegó a la cubierta, y miró, muy abiertos los ojos, a los dos hombres.

—¿Conocen ustedes a Abu Al Maari? —preguntó, con voz tensa, agitada, en francés.

La actitud de ambos hombres, que parecían griegos, fue de expectación, de desconfianza.

—¿Conocen a Abu Al Maari? —preguntó ahora ella, en inglés.

—¿Quién es usted? —le replicó uno de ellos, en inglés.

—Traigo esto —alzó el portafolios— de parte de Abu… Hay tres hombres que lo están esperando. ¿Son ustedes?

—Espérese ahí.

Uno de los hombres desapareció en el interior del yate. Reapareció al minuto, y le hizo una seña, para que le siguiese. Al llegar al *living-yatch*, Monique Lafrance vio a los tres árabes, uno de ellos vistiéndose apresuradamente, y otro, todavía en pijama, pasándose las manos por la cara, soñoliento. Se quedaron inmóviles, mirándola con una fijeza aterradora, relucientes sus negros ojos…

—¿Son ustedes los amigos de Abu Al Maari? —insistió Monique Lafrance, en inglés.

—Sí.

—¿Cómo puedo saberlo…?

—Si usted está aquí, solamente él ha podido enviarla. Y si él la ha enviado aquí, es que somos sus amigos. ¿Dónde está él?

—Está herido. No es nada grave —se apresuró a añadir, nerviosísima—, pero no puede viajar… Tuvimos que salir en coche de Chamonix, y hemos estado viajando toda la noche. Abu ha perdido mucha sangre, y se ha quedado en una cabaña… Me ha pedido que les entregue este portafolios, y que les diga que se vayan inmediatamente de Niza, y que pongan en marcha el plan del Canal. Él espera poder regresar allá dentro de una semana… ¡Tienen que partir inmediatamente!

Los tres hombres cambiaron miradas, y por fin, uno de ellos se adelantó, y tomó el maletín que le tendía la bella muchacha de los

ojos azules.

—¿Qué hay aquí? —preguntó.

—No lo sé… Está cerrado, y él se quedó la llave. Me dijo que ustedes ya sabían qué era, y que a mí no me importaba… ¡Tengo que volver con él, me está esperando, para que le lleve un médico…!

Uno de los árabes se adelantó, y señaló la escalerilla que llevaba a cubierta. Emprendieron la ascensión, Monique en primer lugar. El árabe la acompañó hasta la pasarela, haciendo una seña a los dos hombres de cubierta, uno de los cuales corrió hacia los mandos del yate…

—Dígale a Abu Al Maari que hemos salido inmediatamente, y que esperamos que pueda pronto reunirse con nosotros.

—Sí, sí, sí… Adiós… ¡Tengo que ir a buscar un médico por Niza…!

Se lanzó pasarela abajo, y echó a correr, hacia el centro de la ciudad… Cuando estuvo fuera del alcance visual de los árabes, se volvió, y vio el yate navegando ya en las azules aguas de la Bahía de Los Ángeles. Se detuvo entonces, y se quedó mirándolo, con una dura sonrisita en los sonrosados labios.

—Caramba —pensó—, ¡sí que tardan en abrir un simple portafolios…!

¡BBBOOUUUMMMMMMM…!, saltó por los aires el yate Spartaco, en aquel momento, envuelto en una gran llamarada y gran cantidad de blanca espuma. Alrededor de Monique Lafrance se oyeron gritos, chillidos de miedo, retemblaron cristales… Por un momento, pareció que el sol fuese a quedar envuelto en la nube de humo que brotaba del lugar de la explosión, pero desapareció en seguida… La gente corría hacia el muelle, pero Monique caminó sosegadamente hacia donde había dejado el coche, pensando:

«Espero que los que van a limpiar el Canal de Suez no sean tan torpes como esos tres canallas».

Llegó al coche, y se sentó en el asiento contiguo al volante…, porque ante el volante había uno de los hombres que se habían hecho cargo del cadáver de Abu Al Maari, mirándola sonriente, pero quizá un tanto asustado.

—Espero haber cumplido bien el encargo que me hicieron nuestros compañeros de Chamonix, Baby.

—¡Oh, sí, sí, Simón…! Ha sido una explosión muy bonita, un portafolios muy bien preparado. Gracias.

—También le hemos reservado una suite en el Grand Hotel de Niza, y nos ocuparemos de su pasaje de avión para mañana… Yo mismo pasaré por Chamonix para recoger sus cosas del hotel, y para pagar la cuenta. Luego, devolveremos el coche a Ginebra… ¿Queda algo que podamos hacer por usted? Por favor, diga que sí, diga que podemos hacer algo más…

—Supongo que se encargarán de enviar el dinero a la Central, con la indicación de «Para la Sección “Pax”».

—Sí, sí, cuente con ello. ¿Qué más?

Brigitte Montfort, Monique Lafrance, Baby, se acomodó en el asiento, suspirando, cansada, fija su azul mirada en el cielo, quizá no tan azul como sus ojos.

—Lléveme a ese Grand Hotel —volvió a suspirar—. Y si cuando lleguemos allá, estoy dormida, que no me despierten, Simón.

—Pero… ¿eso es todo?

La mejor espía del mundo le dirigió una cansada, pero sonriente mirada.

—¿Qué más puedo pedir?

Este es el final

—Usted pide demasiado —refunfuñó Pitzer—. Y desde luego, yo no aseguraría que los señores de la Central se lo van a conceder.

—Que decidan ellos, tío Charlie: o una mina clandestina de brillantes, que se agotará seguramente mucho antes de lo que piensan…, o la agente Baby, que tiene vuelo todavía para mucho tiempo.

—Pero vamos a ver… Le han concedido la reanudación de la Sección «Pax», y se le han destinado ya los cuatro millones de dólares que usted consiguió en Francia. Se está haciendo una selección de agentes con destino a esa Sección, de acuerdo a los tests que usted propuso. Se le ha concedido el mando indiscutible de la Sección… ¡Y encima quiere que dejemos esos brillantes para Colombia!

—Es que, tío Charlie, esos brillantes *son de Colombia*.

—Está bien. No seré yo quien discuta con usted. Esto… ¿Puedo quedarme a cenar?

—¡Oh, claro que sí, tío Charlie…! Pero le advierto una cosa: Frankie va a venir también a cenar.

—¿Minello? —palideció Charles Alan Pitzer—. ¡Demonios…!

—¿No se queda?

Pitzer dirigió una mirada muy especial a la muy especial mujer que estaba sentada ante él en el sofá, con aquel vestido de noche que sugería todos los encantos del mundo. Algo debía estar funcionando mal en las hormonas de Brigitte Montfort, porque, a medida que pasaba el tiempo, ella estaba más hermosa, más joven, más…, más de todo…

—Solamente por verla a usted, vale la pena soportar a ese cretino —tuvo que admitir, por fin, Pitzer.

—Gracias, tío Charlie —sonrió dulcemente la divina espía—. Y hablando de soportar. ¿No es terrible todo esto? Organizo una

Sección «Pax» y para mantenerla vigente tengo que matar, matar, matar…

—Peor les habría ido a nuestros técnicos del Canal de Suez si usted no hubiese intervenido —cortó Pitzer.

—Es verdad —musitó Baby—. Y a fin de cuentas, a su manera, esos hombres forman también una Sección «Pax», ¿no le parece?

FIN